COMEDIA FAMOSA.

LAS MOCEDADES DEL CID.

SEGUNDA PARTE.

DE DON GUILLEM DE CASTRO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Rey Don Alonso.
El Rey Don Sancho.
Un Capitan suyo.
Rodrigo de Bivar, el Cid.
D. Diego Ordoñez de Lara.
Doña Urraca.
Peranzules.
Arias Gonzalo.
D. Gonzalo.
D. Diego.
D. Rodrigo.
D. Pedro.
D. Arias, hijos todos cinco de Arias Gonzalo.
Bellido de Olfos.
Alimaymon, Rey de Toledo.
Zayda Mora.
Soldados Christianos.
Soldados Moros.
Acompañamiento.



JORNADA PRIMERA.

Dicen dentro á voces, y salen el Rey Don Sancho y un Capitan suyo.

Dent. SAntiago, Santiago,
cierra España, cierra España.
Sanch. Acometa mi esquadron;
ah vasallos, qué os espanta?
Cap. Adónde vas, Rey Don Sancho?
Sanch. A morir. *Cap.* Espera, aguarda.

Todo tocando al arma, y vanse el Rey y su Capitan, y salen Don Rodrigo de Bivar y Don Diego Ordoñez.

Cid. Tarde llegamos, Don Diego:
Don Diego Ordoñez de Lara,
tan cruel como dudosa
comenzóse la batalla.
De nube le sirve al Sol
el polvo que se levanta;
todo es ya confusas voces,
y todo atrevidas armas.
Santiago dicen todos,
y todos España, España:
todo es valor Español,
y todo sangre Christiana:
todo es sangre, todo es fuego;
aquí mueren y allí matan;
el peso oprime á la tierra,
y al Cielo ofende la causa.
Dieg. Acometamos. *Cid.* Espera.
Dieg. Muero por sacar la espada.
Cid. Reconozcamos primero,
y por la parte mas flaca
acometa nuestra gente.
Mas de la hueste contraria
de gente un tropel confuso
se sale de la batalla.
Válgame Dios! preso llevan:
al Rey Don Sancho es sin falta.

Sale el Rey D. Sancho entre muchos Soldados, como que le llevan preso, guardándole el decoro de Rey.

Sol. 1. Son sucesos de la guerra.
Sanch. No es sino mengua de España.
Dieg. El es, qué esperas, Rodrigo?
Cid. Qué he de esperar? muere ó mata.
Rey Don Sancho, aquí está el Cid.
Dieg. Y Diego Ordoñez de Lara.
Sol. 2. El Cid es? *Sol.* 3. El Cid? huyamos.
Sol. 4. El nombre solo bastaba.

 Hu-

Huyen los Soldados dexando libre al Rey

Sanch. Ah Don Rodrigo! ah Don Diego!
aun es mayor mi desgracia:
mi gente va de vencida.
Cid. Pues vuelve á vencer, qué aguardas?
Dieg. No te basta, no te sobra
qualquier de estas dos espadas
para cobrar lo perdido?
Sanch. Santiago, cierra España.

Entranse, y tocan dentro al arma, y hacen ruido de pelea, y salen el Rey Don Alonso y un Capitan suyo.

Rey. Ah vasallos, ah Leoneses,
ahora el ánimo os falta?
Cap. Dónde vas, Rey Don Alonso?
Rey. A morir. *Cap.* Espera, aguarda.
Rey. El Cid no es un hombre solo?
Mas su nombre os acobarda,
que mi desdicha os obliga?
Santiago, cierra España.

Entranse, y tocan otra vez al arma, y dicen dentro con Don Diego y el Cid, que salen acuchillando sus contrarios.

Dieg. Victoria España, victoria
por Don Sancho. *Cid.* Bravas alas
tiene el miedo. *Sol.* 1. Y brava fuerza
el acero de tu espada.

Salen el Rey Don Alonso y Peranzules, que será el Capitan que salió con él, retirándose del Rey D. Sancho y los suyos.

Sanch. Prended, matad á mi hermano,
no se escape, no se vaya.
Rey. Don Rodrigo de Bivar,
Don Diego Ordoñez de Lara,
Don Fernando vuestro Rey
fué mi padre. *Cid.* Nuestras armas
no te ofenderán, señor.
Dieg. Ponte en cobro, Dios te valga.
Per. Allí te espera un caballo.
Rey. Ah vil fortuna voltaria!

Vanse el Rey Don Alonso y Peranzules, y sale el Rey Don Sancho con muchos Soldados de los suyos.

Sanch. Por dónde fué? qué se ha hecho?
corred tras él, que se escapa.
Cid. Si al enemigo que huye
le hacen puente de plata,
por qué á un hermano persigues?
Deteneos, gente arrojada:
tu Magestad se reporte,
porque no es malicia tanta
digna de un Christiano pecho.
Sanch. El corazon se me abrasa!
No me enojes, Don Rodrigo,
que como rémora paras
mi furia.
Cid. Señor, perdona;
no has de pasar de esta raya.
Tu misma sangre persigues?
tu misma sangre derramas?
Vuelve, y piadoso contempla
tu viejo padre en la cama
de sus hijos rodeado,
y rindiendo al Cielo el alma;
y entrar entónces diciendo
la afligida Doña Urraca,
tendido al pecho el cabello,
bañada en llanto la cara:
morir os quereis, mi padre?
San Miguel os haya el alma,
á San Miguel y Santiago
la tengais encomendada.
A Don Sancho dais Castilla,
la Extremadura y Navarra:
á Don Alonso á Leon,
y á Don García á Vizcaya:
y á mí, porque soy muger,
me dexais desheredada,
siendo, padre, vuestra hija,
siendo de Castilla Infanta,
habré de ir de tierra en tierra
como una muger errada?
Allí respondiera el Rey
con ternísimas entrañas,
dando aljofar de los ojos
á la plata de las canas:
calledes, hija, calledes,
no digais tales palabras,
que la muger que las dice
merecia ser quemada:
que allá en Castilla la vieja
un rincon se me olvidaba,
Zamora tiene por nombre,
Zamora la bien cercada:
quien os la quitare, hija,
la mi maldicion le caiga,
y al que de mi testamento
no obedeciere las mandas.

To-

Todos dicen amen, amen;
pero tú, Don Sancho, callas.
Y apénas murió el buen Rey,
quando la mano levantas
(sin mirar que desde el Cielo
con la suya te amenaza)
y á tu hermano Don García
desheredas y maltratas
en el Castillo de Luna,
donde prisiones arrastra.
Y ahora de esta victoria
desminuyes la alabanza,
persiguiendo á Don Alonso.
Basta, Rey Don Sancho, basta
que á tus hermanos les quites
los Reynos, y la esperanza
de cobrarlos: de sus cuellos
el rígido acero aparta.
Acuérdate de que rompes
á tu padre la palabra,
y teme el ser desdichado,
si su maldicion te alcanza:
que no con callar cumpliste,
pues es cosa averiguada,
que tácitamente otorga
quien á lo propuesto calla.
Sanch. Mucho me aprietas, Rodrigo;
mas me ofenden tus palabras
que tu opinion me acredita,
y me asegura tu espada.
Si á mis hermanos persigo,
bastante ha sido la causa:
mis enemigos son todos,
beberé su sangre ingrata,
y no han de tener mas tierra,
que quando encima les caiga,
solamente siete pies.
A mi hermana Doña Urraca
he de quitarle á Zamora,
y no tardaré en cercarla
mas de quanto marche ahora
mi gente, y á esta jornada
has de acompañarme, Cid.
Cid. Con mi lealtad ordinaria
á defender tu persona
siguiendo iré tus pisadas;
pero vame juramento,
y no saldrá de mi vayna
mi espada contra Zamora.
Sanch. No imagino que hará falta.
Cid. Bien poco habrá que la hizo.
Sanch. Ya me enojo si no callas:
toca, toca á recoger,
y al momento marcha, marcha
contra Zamora: á Zamora
vamos, pase la palabra.
Cid. O Rey mal aconsejado!
ó infelice Doña Urraca! *Vanse.*

Salen la Infanta Doña Urraca y Arias Gonzalo.

Urraca. Arias Gonzalo, si al consuelo mio
no acude tu valor y tu consejo,
fuerte es la pena, mugeril el brio.
Arias. Con el alma te sirvo y te aconsejo:
suspende el llanto, y sirva su querella,
pues es tan clara, á tu razon de espejo.
Urraca. Mi desventura todo lo atropella;
y así parece que en la suerte mia
son rayos los efectos de mi estrella.
Si es que Don Sancho, (cuya mano impia
Doña Elvira dexó desheredada,
y preso tiene en Luna á Don García)
en el trance feroz de esta jornada
venciese á Don Alonso, justamente
podré temer los filos de su espada.
Y así mi corazon eternamente
triste y sobresaltado, al mismo peso
la nueva espera, y la desdicha siente.
Arias. Hijos? No puedo responderte á eso

sin estas lenguas, que serán, señora,
fieles anuncios de tu buen suceso.

Salen Don Gonzalo, Don Diego, Don Rodrigo, Don Pedro y Don Arias, todos hijos de Arias Gonzalo.

Defenderánte el muro de Zamora
estos cinco renuevos arrancados
de este árbol verde, aunque marchito ahora.
De apoyos servirán á mis cuidados,
que son tuyos, señora, si es que llego
á servir de caudillo á tus soldados.
Don Gonzalo, llegad; llegad, Don Diego,
Don Rodrigo y Don Pedro, ya con brio
para ceñirse espada, harálo luego
el menor que es Don Arias, ya le crio,
y tal, que en el discurso de la guerra,
del que muriere ocupará el vacío.
Gonz. Suspende el llanto, y el temor destierra::-
Dieg. Que ántes que ver tu tierra destruida::-
Rod. Verás temblar y estremecer la tierra.
Ped. Pondréme espada, y perderé la vida
en tu servicio. *Arias h.* Y yo. *Arias.* Dales las manos.
Arias h. Animo tengo, aunque mi edad lo impida.
Urraca. Con tierno amor y pensamientos llanos
los brazos les daré. *Arias.* Besad sus huellas.
Urraca. Vos sois mi padre, y ellos mis hermanos.
Ped. Bellido de Olfos viene. *Urraca.* Ay luces bellas!
malas nuevas serán. *Arias.* Sí, no lo dudes,
pues él tan presto se obligó á traellas.

Sale Bellido de Olfos.

Bellido. Perdona, Infanta, aunque el semblante mudes,
si aplicando á mi voz atento oido,
los males sabes, y al remedio acudes.
Urraca. Venció Don Sancho? *Bell.* Sobre ser vencido,
ya le llevaban preso entre la gente
del esquadron mas fuerte y mas lucido;
quando Rodrigo de Bivar valiente,
ese á quien llaman Cid, ese enemigo,
que vence con el nombre solamente,
dió libertad al Rey. *Urraca.* O vil Rodrigo,
ingrato eternamente á mi memoria!
Venció Don Sancho, di? *Bell.* Que venció digo
con el mayor aplauso y mayor gloria
que se ha visto jamas. *Urraca.* Que oirlo puedo!
Bellido. Con sangre dexa escrita su victoria.
Urraca. Y murió Don Alonso? *Bell.* Huyó á Toledo,
á lo que se sospecha. *Urraca.* Qué haré ahora?
Bellido. Con mas causas darás al alma el miedo,
quando sepas que el muro de Zamora
viene ya amenazando. *Urraca.* Ay desdichada!

Arias. Por qué pierdes el ánimo, señora?
no vés que está Zamora bien cercada?
de tu justicia en la divina mano
no vés lucir la no torcida espada?
Junta consejo, diles de tu hermano
el injusto rigor, el mal intento,
que yo aseguro que le salga vano.
Dentro. Viva Zamora. *Arias.* Ya á tus puertas siento
el pueblo junto, que la nueva sabe,
y con voces te anima: cobra aliento.
Terrible es la ocasion, la causa es grave;
pero atropellaránse inconvenientes,
pues todo el Cielo en tu justicia cabe.
Traiga tu hermano innumerables gentes,
llegue á Zamora, dele la batalla,
que le defenderán brazos valientes.
Y en habiendo un portillo en la muralla,
mis hijos pondré en él despues del pecho:
verémos quien se atreve á derriballa.
Urraca. Mucho me animas, el temor desecho.
Dentro. Viva la Infanta. *Arias.* Y la arrogancia altiva
de estas voces me dexa satisfecho.
Urraca. Vamos, y la defensa se aperciba.
Arias. Ea, amigos, decid (la pena aplaca)
muramos todos, Doña Urraca viva.
Todos. Muramos todos, viva Doña Urraca. *Vanse.*

Salen el Rey Don Alonso y Alimaymon Rey de Toledo.

Alim. Alonso, tuya es Toledo,
de mis poderes dispon
y de mí. *Rey.* Obligado quedo
con el alma, Alimaymon,
á servirte. *Alim.* Pierde el miedo.
Rey. Nunca le supe tener,
solo desdicha he tenido,
pues quando pensé vencer,
entónces quedé vencido.
Alim. Es la fortuna muger
en las mudanzas y el nombre.
Rey. Soy desdichado, y mi hermano,
para que el mundo se asombre,
es hombre; que con ser hombre
tiene su rueda en la mano.
Alim. Ayúdale en popa el viento;
mas no siempre ha de durar,
que no dura lo violento.
Vienes cansado? *Rey.* No siento
sino en el alma el pesar:
y como en su centro estaba,
los del cuerpo divertia,
y así, Rey, mas me cansaba,
que el caballo que corria,
el discurso que volaba.
Alim. Con mas ánimo mejor
mostrarás el que has tenido;
que mas muestra su valor
en la desdicha el vencido,
que en el triunfo el vencedor.
Rey. Aunque me vés descontento,
que tengo no has de creer
sin valor el sentimiento.
Alim. Solo tú puedes tener
por victoria el vencimiento;
pues causáron los despojos
de tu valor sin segundo
generales los enojos,
y es tu desdicha en el mundo
llorada con tantos ojos;
tanto, que en Toledo ahora
si llora el niño en la cuna,
sus padres piensan que llora
tambien tu mala fortuna.

El mundo entero te adora.

Sale un Moro, y habla al oido de Alimaymon.

De Zayda las luces bellas
quieren verte, porque dice,
que movida á tus querellas
lloran tu estrella infelice
sus ojos, que son estrellas.

Rey. Zayda la que es maravilla
del mundo? *Alim.* La rica hermosa,
hija del Rey de Sevilla,
apiadada de piadosa
viene á verte. *Rey.* Iré á servilla.

Alim. Ahora en Consuegra está,
que es suya. *Rey.* Justo seria
recibirla. *Alim.* Viene ya;
que como es sobrina mia,
á Toledo viene y va.

Sale Zayda Mora con todos los Moros que pudieren acompañarla.

Ali. Zayda? *Zay.* Alonso? Alimaymon?

Rey. Ya mis penas glorias son.

Zayd. Bello galan! *ap.*

Rey. Bella dama! *ap.*
Poco debes á tu fama.

Zayd. Corta anduvo tu opinion.

Rey. Mil años te guarde el Cielo.

Alim. Voyme, Alonso, y quando estés
con mas falta de consuelo,
volveré. *Rey.* Beso tus pies.

Alim. Pierde el pesar. *Rey.* Perderélo.

Vase Alimaymon, y siéntanse Zayda y Don Alonso.

Zayd. Alonso, tanto voló
tu nombre siempre alabado
por el mundo, que llegó
mil veces donde tratado
hemos de él tu fama y yo.
Incliné me á tu valor,
siendo casta mi esperanza,
y como siempre el amor,
que fué grande en la alabanza,
en la lástima es mayor.
Apénas tuve creido
tu vencimiento en tu suerte,
quando por verte he venido,
templando el gusto de verte,
señor, el verte vencido.
Y no solo á verte vengo,
con ser este el mayor bien
que para el alma prevengo,
sino á ofrecerte tambien
quanto valgo y quanto tengo.
Cuenca, Consuegra y Ocaña,
y otras mis Villas tendrás,
cuya riqueza es extr ña;
y oxalá, por darte mas,
fuera mia toda España,
y quantas Provincias son
desde Levante á Poniente;
pero con esta intencion
en mis joyas solamente
puedo ofrecerte un millon.
Empeña, ó vende mis Villas,
sino basta mi tesoro,
y estima con mi decoro
estas entrañas sencillas
con mas quilates que el oro.

Rey. Señora, pues causa ha sido
el no haber vencido, al ser
de ti tan favorecido,
desdicha fuera el vencer,
como es dicha el ser vencido.
Y así tres venturas son
las que el Cielo me asegura
tras la pasada ocasion;
pues me venció tu hermosura,
y luego tu obligacion.
Con el honor que me ha dado
tu boca, te certifico,
que no sé si me has dexado
mas obligado que rico,
ó mas rico que obligado.
No tiene el suelo Español
la riqueza en que me fundo,
pues miro entre tu arrebol
en ti, aunque pequeño, un mundo
donde nunca falta el sol.
Para ver que no me engañas,
quando de decirme trates,
que engendran glorias extrañas
oro de muchos quilates
las venas de tus entrañas.
Mas si ofende tu valor
mi alabanza, ve culpando
mi agradecido temor,
aunque mis ojos callando
te lo dixeran mejor.

Mas

Mas si con ellos te obligo,
quando tu alabanza sigo,
de mí puedes admitir
lo que te quiero decir,
pero no lo que te digo.
Y lo que pisando vas
por ídolo he de tener:
no puedo ofrecerte mas,
pues ni aun á ti he de ofrecer
las glorias que tú me das.
Zayd. Levanta, notable exceso!
Rey. Zayda bella! *Zayd.* Rey Christiano,
de tu Magestad el peso
hace que tiemble la mano.
Rey. Como Reyna te la beso.
Zayd. No señor, qué Rey la besa
á Reyna sin ser su esposa?
Rey. Atrevida fué la empresa.
Zayd. Gran Alonso! *Rey.* Zayda hermosa!
Sale Per. El Rey te espera en la mesa.
Zayd. Hoy á mi lado sentado
comerás. *Rey.* Dulce comida!
Zayd. Qué dices? *Rey.* Solo un bocado
podrá el comerle á tu lado
hacer eterna una vida,
y mas si potable el oro
de tus entrañas comiera.
Zayd. Yo te estimo. *Rey.* Yo te adoro.
Zayd. Ay Cielo, si fuera Moro!
Rey. Ay Dios, si Christiana fuera! *Vanse.*

Suena ruido, y dicen dentro lo que se sigue, y salen Arias Gonzalo y sus hijos en la muralla.

Dentro. España, Santiago, cierra, cierra,
arrima esas escalas, apercibe
instrumentos y máquinas de guerra.
Viva el Rey, viva el Rey. *Arias.* El Cielo vive,
defensor de esta causa y de esta tierra:
gigantes pare quien razon concibe.
Dentro. Zamora. *Otros.* España. *Arias.* Fuerte es la batalla!
Hijos, corred volando la muralla.
Allí arriman escalas, allí han hecho
un portillo: acudid, mostrad el brio
donde os parezca ser de mas provecho. *Vanse los hijos.*
Zamora insigne, á tu defensa envio
á pedazos el alma, quando el pecho
ocupa en tu muralla este vacío;
y oxalá que, aunque á costa de mi pena,
te diera un hijo para cada almena.

Tocan al arma, y salen el Rey Don Sancho y Don Diego, y quantos Soldados puedan.

Sancho. Ea, valientes Godos no vencidos,
y vencedores siempre, nuevos Mártes,
pues que nos sobra gente, repartidos
á Zamora asaltad por varias partes:
que tanto se os defienda, de corridos
á puñadas batid sus baluartes,
á puntapies sus torres haced piezas,
sus murallas romped con las cabezas.
Por aquí miro su mayor flaqueza:
llegad, llegad, venced, venced ahora.
Arias. Está en mi defension su fortaleza.
Sancho. Arias Gonzalo, ríndeme á Zamora,
contempla el oro en mi Real cabeza,
y el acero en mi mano vencedora.

Si soy tu Rey, buen viejo::- *Arias.* Cosa es llana.
Sancho. No seas de este muro barbacana.
Arias. Tambien lo fué tu padre, en quien de estrellas
contemplo circuida el alma santa,
y heredero tambien de sus querellas,
me encargó la tutela de la Infanta:
leyes suyas defiendo, que atropellas
con tanta fuerza y con injuria tanta,
y los Reyes que son Christianos Reyes,
no rompen fueros ni derogan leyes.
Sancho. Eres traidor. *Arias.* No soy, y el mismo Cielo
defiende mi justicia averiguada.
Sancho. Escalas, ea, escalas, y de un vuelo
sube, Don Diego. *Dieg.* El pomo de mi espada
media Zamora te pondrá en el suelo:
sangre de Lara soy. *Sanch.* Esta jornada
quiero vencer yo solo, poner quiero
en Zamora mis armas yo el primero.
Mi fe me anima y mi valor me abona:
de esta manera la victoria allano:
qué mano ha de atreverse á mi persona?
Arias. Nadie te ha de ofender, Rey soberano.
Sancho. Pues qué harás? *Arias.* Respetando tu corona,
si subes solo, besaré tu mano;
pero el que te acompañe, por mis brazos
al suelo ha de volver hecho pedazos.
Sancho. Ah villano! ya estoy de enojo ciego.
Hoy mi valor, que en mí venganza apoya,
Escipion Cartagines, Aquiles Griego
será sobre Cartago y sobre Troya:
guerra, guerra, Zamora, á sangre y fuego.
Arias. No haréis, que es el honor preciosa joya,
y puras fuerzas de flaqueza saca.
Diego. Viva Don Sancho. *Arias.* Viva Doña Urraca.
No puedo mas, ay Cielo! ah Zamorano
valor, dónde te escondes? qué te has hecho?
Esto último se dice dando el asalto á la muralla, y sale á ella Doña Urraca con los cabellos descompuestos.
Urraca. Ah nobles de Castilla, injusto hermano,
sediento de mi sangre, de mi pecho
la saca ahora, que se opone en vano
á tu rigor, del mio satisfecho,
llega, y para que el Cielo te destruya,
bebe mi sangre, que tambien es tuya.
Teme á mi padre, en quien venganza espero
de tu injusticia. *Sanch.* O vil, quién te respeta!
Subid, soldados: venga un ballestero,
pásele el corazon una saeta.
Urraca. Padre, vuelve por mí en trance tan fiero.

Sanch.

Sanch. Que eso te anima, y eso me inquieta!
tu padre llamas? para hacerme guerra
baxe del Cielo, ó salga de la tierra.

Sale de la tierra el Rey Don Fernando con un venablo en la mano sangriento: vision.

Rey Fernando. Deten, Sancho, la mano, que violenta
es injusta. *Sanch.* Qué miro? qué rezelo?
qué me aflige, me asombra y me amedrenta?
Rey. Fern. Quien no obedece al padre, ofende al Cielo,
y nunca tierra firme le sustenta:
tu muerte, Rey Don Sancho, te revelo,
cuyo instrumento el Cielo soberano
puso á tus ojos, y dexó en mi mano.

Vuélvese el Rey D. Fernando á entrar debaxo la tierra.

Sancho. Válgame Dios! Soldados, habeis visto::-
habeis visto, vasallos::- *Dieg.* Rey, qué es esto?
Sanch. Toquen á recoger, que no resisto
esta sombra, este asombro. *Dieg.* Descompuesto
tu Magestad? *Sanch.* En lo que estoy no asisto:
á recoger, Soldados: pase presto
la palabra. *Dieg.* Qué viste? *Sanch.* Al gran Fernando,
mi vida con mi muerte amenazando.
Arias. Qué suspension, señora, habrá podido
la furia detener del Rey tu hermano? *Tocan á recoger.*
Ya toca á recoger. *Sanch.* Ingrato he sido
á mi padre y á Dios. *Urraca.* Quando su mano
nos pudiera vencer, cómo vencido
se va? qué puede ser? *Dieg.* Rey soberano,
qué tienes? *Arias.* Con qué priesa se retira!
el mismo Cielo por tus cosas mira. *Vanse.*

Sale Bellido de Olfos solo.

Bellido. Ay Zamora desdichada!
ay patria amada y querida,
injustamente perdida,
y dignamente adorada!
Extraña resolucion
encamina mi esperanza;
si es venganza, no hay venganza
sin asomos de traicion.
Aunque tenga el fin funesto
la intencion que traigo ahora,
la libertad de Zamora
gallardamente he dispuesto.
Mas toda el alma se admira
del valor que en mí no afloxa:
quién me anima, quién me arroja?
quién me tienta, ó quién me inspira?
En todas mis esperanzas,
en todas mis intenciones,
con rezelos y traiciones
aseguré mis venganzas.
Y hoy ni medroso me espanto,
ni cobarde me retiro,
con saber que á tanto aspiro,
y ver que aventuro tanto.
Algun impulso divino
da fuego á mi pensamiento;
del Cielo soy instrumento,
aunque malo, peregrino.
Aquí esperaré á la Infanta;
mas ya viene, loco estoy
de ver que cobarde soy,
y la muerte no me espanta.

Sale Doña Urraca y algunos Vasallos.

Urraca. El no perderse Zamora
milagro del Cielo ha sido:
á mi hermano ví vencido,
y á su gente vencedora.

Vas. Cansada debes de estar,
señora. *Urr.* Como muger
cansada estoy de temer,
y muerta estoy de llorar.
Bellido de Olfos? *Bell.* Si gustas,
hablarte á solas querria.
Urr. Dexadnos. *Vanse los Vasallos.*
Bell. Señora mia,
el ver tus lágrimas justas
me ha movido y me ha obligado:
ya sabes que te he servido,
y que nunca de ti he sido
con una merced premiado:
con todo, por verte ahora
como estás, tu bien procuro.
Qué me darás, si aseguro
la libertad de Zamora?
Urr. Bellido, en el alma precio
esa oferta, y si has oido,
que quien compra del perdido,
á su gusto pone precio:
consulta en tu voluntad
lo que quieres, con saber
que diera el alma por ver
en Zamora libertad.
Bell. Dame la mano, y confia
de mi industria y de mi suerte
el darte con una muerte
Zamora libre en un dia.
Escucha, señora. *Urr.* Calla,
si es traicion y en mi querella,
excusará el no sabella
la culpa de no excusalla.
Bell. Ya te entiendo: á quien le pesa
de mis trazas viene aquí:
hoy el mundo verá en mí
la mas atrevida empresa.
Lloras, señora? No llores:
hoy seré terror de España. *ap.*
Salen Arias Gonzalo y sus hijos.
Arias Gonzalo te engaña,
y todos te son traidores.
Da Zamora al Rey tu hermano,
pues defenderla no puedes,
y espera despues mercedes
de su justa heroyca mano:
que importa en esta jornada
defenderla un mundo entero,
y por la una parte Duero,
por la otra Peña-tajada.
Si faltan mantenimientos,
rico, pobre, bueno ó malo,
comerán de Arias Gonzalo
los honrados pensamientos?
Mira que estás engañada
de quien te incita y provoca;
quien no da pan á la boca
mal dará fuerza á la espada.
A Zamora rinde. *Arias.* Infame,
baxo, vil, de humilde pecho,
mi respeto justo ha hecho
que tu sangre no derrame.
Rod. Villano. *Arias.* Espera, Rodrigo.
Hijos. *Arias h.* Desvergüenza tanta!
Gon. Vive Dios. *Bell.* Mátanme, Infanta,
porque las verdades digo.
Pues por hacerse señor
de Zamora, te ha engañado
Arias Gonzalo. *Arias.* O malvado!
tú mientes como traidor.
Urr. Matadle. *Rod.* Villano.
Arias h. Espera.
Gonz. Traidor. *Arias.* En esto, señor,
va mi honor. *Bell.* Ah, quién ahora
alas en los pies tuviera! *Vas.*
Arias. Ah hijos, ah Zamoranos!
muera, muera el Magances:
ligeros tiene los pies,
no se os vaya de las manos.
Den. Aquí, aquí. *Urr.* Terrible estruendo!
como sin alma he quedado:
qué intencion le habrá obligado *ap.*
á Bellido? no la entiendo.
Y este impensado rigor
me atemoriza, ay cuitada!
pues yo soy tan desdichada,
como Bellido es traidor. *Vanse.*
Salen el Rey Don Sancho y Don Diego Ordoñez de Lara.
Dieg. Ya te miro, gloria al Cielo,
con ménos pena, señor.
Sanch. A faltarme tu valor,
y á no tener tu consuelo,
sin duda hubiera acabado
la vida. *Dieg.* El pesar destierra.
Sanch. Ví que temblando la tierra
abria el Cielo enojado.
Ví de mi padre al abrilla

el

el áspecto soberano,
y de un venablo en su mano
vi la sangrienta cuchilla.
Paréceme que á la vista
le tengo, y tras esto veo
abrasarse mi deseo
por hacer esta conquista.
Pienso que pierdo opinion,
si malogro esta esperanza.
Tú, pues eres mi privanza,
tú, pues sabes mi razon,
dame consejos ahora.
No reposo, no sosiego:
qué dices, qué haré, Don Diego?
quitaré el cerco á Zamora?
Dieg. Si es que el cerco se levanta,
porque pesa en tu conciencia
la justísima obediencia
de tu padre, cosa es santa.
Mas si es por esta vision
fantástica, ciega y vana,
á tu valor, cosa es llana,
que ofendes. No vés que son
quimeras que se levantan,
y las presenta el sentido?
ó es que en Zamora temido
con embelecos te espantan?
que no falta una hechicera,
que entre sombras finge y miente.
Si es que por hijo obediente
lo dexaras, justo fuera;
mas si no, poco te estimas,
si es que por eso lo dexas.
Sanch. Como discreto aconsejas,
y como valiente animas.
Mia Zamora ha de ser,
aunque para hacerme guerra
brote gigantes la tierra.
Vive Dios, que he de poner
en ella mis estandartes,
armas de seda y de acero,
sino es que allano primero
sus torres y baluartes.
Todo mi valor lo abrasa,
á todo mi fuerza obligo;
y si la estrella que sigo,
con venablos me amenaza,
para poderme igualar
en las armas al contrario,
en la mano de ordinario
un venablo he de llevar.
Iguales armas tenemos
la fortuna y yo: has oido?
Dent. Afuera, aparta. *Dieg.* Un ruido,
cuyas voces son extremos.
Descompuesto un caballero
huye, pica, corre, vuela.
Sanch. Como es de miedo la espuela,
hace el caballo ligero.
Los que le siguen dirán,
si es ligero su caballo.
Dieg. Rebientan por alcanzallo;
mas pienso que no podrán.
La gente de tu real
le ha recogido y le ampara:
qué á espacio vuelven la cara
al peligro, aunque es mortal,
los contrarios! *Sanch.* Hay valor
en ellos. *Dieg.* Con qué congoja
de su caballo se arroja!
Dent. Ah Rey Don Sancho? ah señor?
Dieg. Por ti pregunta. *Sanch.* Por mí?
tocaránme sus cuidados.
Dieg. Ya una tropa de Soldados
le traen caminando aquí.
Sanch. Algunas causas mayores
le obligan á extremos tales.
Sacan unos Soldados á Bellido de Olfos.
Bellido. Rey, ampara los leales,
y castiga los traidores.
Sanch. Alza, quién eres? *Bell.* Bellido
de Olfos soy, con boca y manos
á los Reyes Castellanos
he adorado y he servido.
Y Arias Gonzalo, señor,
con audacia y con malicia,
porque esforcé tu justicia,
y contradixe á su error;
porque dixe que á Zamora,
como era razon, te diese,
fundado en el interese
de su intencion, que es traidora,
con sus hijos me acomete;
entero el pueblo amotina
contra mí, que á la malina
ocasion asió el copete.
Pero la inocencia mia,
porque quiere castigallo,

todo el Cielo en un caballo
que apercibido tenia,
me ha valido y me ha escapado
de aquel indomable viejo,
por aquel postigo viejo,
que nunca fuera cerrado.
Por él huyendo salí,
que es mi amigo el Capitan
de los que en su guarda están,
y el Cielo me traxo aquí
por milagro ; y , Rey , querria
hablarte á solas. *Sanch.* Idos fuera.
Dieg. Este es traidor.
Vanse todos, dexándolos solos.
Beli. Quién pudiera
tanto sin la industria mia?
Yo he procurado , señor,
que pongan los Zamoranos
á su justicia en tus manos,
y á Zamora en tu valor:
no bastó en mi diligencia
la fuerza de mi verdad,
y acudiendo á mi lealtad,
he venido á tu obediencia.
No me admites por vasallo?
Sanch. Sí, pues la mano te doy.
Bell. Pues ahora que lo soy,
en obligacion me hallo
de darte á Zamora : ahora,
Rey justo , Rey soberano,
pues Zamora está en mi mano,
cuenta por tuya á Zamora.
Sanch. Bellido de Olfos , si eso
tu espada y crédito abona,
serás segunda persona
en mis Reynos. *Bell.* Tus pies beso.
Solo tú , Rey , has de ser
depósito del secreto:
oye , escucha. *Sanch.* Eso prometo
y aseguro. *Bell.* Has de saber::-
Dice dentro Arias Gonzalo.
Arias. Ah Rey Don Sancho ? ah señor?
Salen el Cid Rodrigo , y Don Diego Ordonez y los Soldados.
Cid. Al Rey avisemos presto:
llega, Don Diego. *Sanch.* Qué es esto?
Bell. Temblando estoy de temor.
Cid. Muy grandes voces se oyéron
en el real de Don Sancho,
que las daba un caballero
de Zamora en el andamio.
Sale arriba Arias Gonzalo.
Arias. Ah Rey? ah señor? *Cid.* Escucha:
desde aquí le divisamos.
Ari. De un traidor te guarda::- *Di.* Entera
llega su voz. *Sanch.* Cielo santo!
Arias. Que de Zamora ha salido,
Bellido de Olfos llamado,
traidor , hijo de traidores:
el hechizo de sus labios
no te engañe , que á su padre
y á su misma sangre ingrato,
le mató , y echó en un rio:
testigo bien declarado
de quien es. Matarte quiere,
toma mi consejo llano:
no digas que no te aviso,
no acuerdes tarde , Don Sancho.
Protesto , que si sucede
lo que digo en mi descargo,
que no puede dar el mundo
de tan desastrado caso,
ni á tu descuido disculpa,
ni culpa á los Zamoranos.
Sanc. Qué es esto, Bellido? *Bell.* Ay Cielo!
de congoja estoy temblando. *ap.*
Cid. Rey , yo conozco á Bellido,
manda prenderlo ó matarlo.
Bell. Rey , escucha. *Sanch.* Oid, espera.
Confuso me tiene el caso. *ap.*
Bell. Señor , el que da las voces
debe ser Arias Gonzalo,
porque sabe que la fuerza
de Zamora está en mi mano.
Estratagemas son suyas,
no lealtades , sino engaños
con que defiende á Zamora
á costa de mis agravios.
Quiéreslo ver ? A tus pies
como un humilde gusano
se atreverá á tu persona,
Rey poderoso , Rey magno.
Sanch. Del todo estoy persuadido,
que es traidor Arias Gonzalo.
Cid. Arias Gonzalo procede
como caballero honrado,
y hay en su pecho lealtad,
como valor en sus brazos;

y

y quanto dixo de ti,
es cierto y averiguado;
que lo sabe el mundo, y yo
lo defenderé en el campo,
y no á un traidor solamente.
Sanch. Ah Rodrigo! *Cid.* Señor, callo
obligado á tu respeto.
Bell. Por lo mismo estoy callando,
mas no lo que á tu corona
sé yo que le importa tanto.
Si Arias Gonzalo y Rodrigo
son parientes tan cercanos,
no es mucho le corresponda,
aunque contra ti. *Cid.* Villano.
Sanch. Rodrigo. *Cid.* O santa obediencia,
lazo ahora de mis manos!
Bell. Sí, el favorecer al Cid
tu hermana Urraca, Don Sancho,
los caducos lo entendiéron,
y los niños lo cantáron:
y el amor entre los dos
recíproco, aunque pasado,
tiene fuerza en sus reliquias
mayor que en los muros altos
de Zamora. *Cid.* Eres traidor,
y mientes, infame baxo.
Sanch. En mi presencia? *Bell.* Tú eres
partícipe de mi agravio.
Sanch. Tocaráme la venganza:
vete, vete desterrado
por un año de esta tierra.
Cid. Rey Don Sancho, Rey Don Sancho,
tú me destierras por uno,
yo me destierro por quatro.
Y no pienso que en el mundo
dexará de ser honrado
sin besar mano de Rey
quien tiene Reyes vasallos.
Y guárdate de traidores,
porque á los Reyes ingratos
suele castigar el Cielo:
él te guarde muchos años.
Sanch. Vete. *Cid.* Y al Cielo, señor,
de la falta que te hago
me protesto. *Sanc.* Vete. *Cid.* Voyme.
Dieg. Y todos te acompañamos.
Cid. Ah mal regido mancebo!
Vanse; y quedan solos Bellido y Rey.
Sanch. Por dar crédito á tus labios,
le niego á todos, Bellido:
mira::- *Bell.* Si te trato engaños,
manda cortar mi cabeza.
Que nunca ha sido cerrado
hay un postigo en Zamora,
que llaman de los Cambranos
de la Reyna, y por él quiero
(pues sé los ocultos pasos)
darte á Zamora: y ya tengo
el Capitan cohechado
de los que guardan su fuerza;
pero como importe tanto
el secreto, tú y yo solos
importará que salgamos
á reconocer el puesto.
Sanch. Contigo solo en el campo
sola mi Real persona?
Bell. No irá segura en mis manos?
Pues que de mí no te fias,
con tu licencia me parto
donde Moros me acrediten,
pues me ofende un Rey Christiano.
Sanch. Espera, Bellido, espera.
Sale D. Diego. Señor, el Cid desterrado
de tu tierra, que en tus tierras
es la fuerza de tus brazos?
Qué dirá el mundo de ti, (ballo
Rey? *Sanch* Fuése? *Dieg.* Puesto á ca-
le dexé, que se partia
entre todos sus soldados,
y gran parte de los tuyos,
aunque rehusa el llevarlos. (des?
Sanc. Mucho emprendo. *Die.* No respon-
Sanch. Ve, y dile que yo le llamo:
Bellido, yo estoy resuelto:
ve, Don Diego. *Dieg* Iré volando. *Vase.*
Sanch. A mi persona aventuro
en tu confianza: vamos,
ve diciendo. *Bell.* Lo que pisas
iré barriendo y besando.
Sanch. Tú mi privanza has de ser.
Bell. Tú has de morir á mis manos. *ap.*

JORNADA SEGUNDA.

Salen Rodrigo de Bivar y Don Diego Ordoñez de Lara.

Cid. Yo volveré á su presencia,

que es mi natural señor;
y en el vasallo es honor
acudir á la obediencia.
Dieg. Es tu proceder tan justo,
como discreto y valiente.
Cid. Aquí esperemos mi gente,
que vuelve con poco gusto
de ver su esperanza vana,
pues yendo resuelta ahora
de agotar la sangre Mora,
vuelve á verter la Christiana.
Dieg. De ofenderte arrepentido
está el Rey. *Cid.* A Dios plugiera,
Don Diego, que lo estuviera
de haber al Cielo ofendido;
que qualquiera ofensa mia
le hubiera yo perdonado.
Sale el Conde de Cabra y Soldados.
Conde. Muerto me lleva el cuidado.
Dieg. No es el Conde Don García?
Cid. Conde de Cabra? *Cond.* Grand Cid?
Cid. Qué hay, qué teneis? *Cond.* Buena ley
y buen zelo. Falta el Rey
de su tienda. *Dieg.* Cómo? *Cond.* Oid:
con Bellido solo es ido.
Cid. De Bellido se ha fiado?
Cond. Con estar tan avisado
de que es un traidor Bellido.
Cid. Es Rey mancebo en efeto,
y atropella su corona.
Cond. La falta de su persona
oculté con mi secreto.
No he querido publicarla
á su gente, viendo en ella
que diera al descomponella
principio el alborotarla.
Y con la de mas valor
le busco por estos prados.
Salen el Rey Don Sancho y Bellido al un lado del tablado.
Sanch. Bellido, dexaste atados
los caballos? *Bell.* Sí, señor;
pero allá gente diviso.
San. Quién será? *Bell.* Desdicha es mia: *ap.*
á este lado te desvía:
tiembla la tierra que piso. *ap.*
Cid. Paréceme, que os partais
repartidos cuerdamente
buscando al Rey, y á mi gente
esperaré miéntras vais,
adonde qualquiera voz
vuestra, que venga por mí,
pueda llevarme tras sí
mas que los vientos veloz.
Cond. Pues yo voy por este lado.
Dieg. Yo por este iré perdido.
O mancebo mal regido!
Cid. O Rey mal aconsejado!
Vanse todos, dexando al Rey y á Bellido.
Bell. Ya he visto desparecer
la gente que divisaba,
señor. *Sanch.* Tan léjos estaba,
que apénas la pude ver.
No tiene lugar el suelo
qual Zamora. *Bell.* No hay dudar:
ya, Rey, la puedes mirar
como tuya. *Sanch.* Plegue al Cielo!
Es su sitio milagroso.
Bell. A gran cosa me aventuro: *ap.*
por allí está flaco el muro,
y poco fondable el foso.
Y hay tras aquel torreon
un portillo en la muralla:
daréle? *Sanch.* Yo he de ganalla.
Bell. Saltais, temeis, corazon?
El Rey está mirando hácia Zamora, y Bellido está á sus espaldas como que le amaga con la daga; y quando se vuelve el Rey se compone Bellido y disimula.
Sanc. Paréceme á maravilla.
Bell. Buena ocasion tengo ahora. *ap.*
Sanch. Tierra del Cielo es Zamora.
Bell. Es lo mejor de Castilla.
Sanch. Justamente es pretendida:
estímola con razon.
Bell. Es de tanta estimacion
que ha de costarte la vida. *ap.*
Mas allá hácia el otro lado,
donde luce un chapitel,
está aquel postigo, aquel
que nunca fuera cerrado.
Llámanle de los Cambranos
de la Reyna, y si me das
cien hombres::- *Sanch.* Ciento no mas?
Bell. Pondré á Zamora en tus manos.
Entraré por él::- *Sanch.* Espera,
cómo? *Bell.* De noche, y, señor,

tú por la puerta mayor,
que te abriré. *Sanch.* Qué te altera?
Bell. Ya me parece que entrando
hiriendo y matando voy,
y así alborotado estoy,
como quien sueña velando.
Sanch. Segura esperanza llevo
de que has de darme á Zamora.
Bell. Cobarde soy: qué haré ahora? *ap.*
Sanch. Bellido, mucho te debo.
Serás mi segunda parte,
serás mano de mi espada.
Bell. Seré tu esclavo. Y soy nada, *ap.*
pues no me atrevo á matarte.
Sanch. Serás piedra en mi corona.
Bell. Qué mira tu Magestad?
Sanch. A cierta necesidad,
que á los Reyes no perdona,
me desvío. *Bell.* Por aquí
si gustas, puedes baxar,
porque en este valladar
te cubra esta peña. *Sanch.* Sí.
Bell. Y porque es seguro el puesto,
y secreto. *Sanch.* Dices bien.
Bell. Pues dame la mano. *Sanch.* Ten.
Bell. Baxa á espacio: á morir presto. *ap.*
Tu suerte el vivir te acorta.
Entrase el Rey, y Bellido le da la mano, como que le ayuda á baxar.
Sanch. Jesus! baxando he caido,
y entre esas matas asido
perdí el venablo. *Bell.* No importa.
Escápasele al Rey el venablo de las manos, y Bellido le toma.
Yo lo guardo. *Sanch.* Bien está.
Esto dicen de dentro.
Bell. De animoso estoy resuelto;
mas qué yelo en sangre envuelto
por mis venas vierte y va?
Ciega el alma, con qué espanto,
en qué inconvenientes piensa?
si es un hombre sin defensa,
cómo el ser Rey puede tanto?
Pero ya cobro valor,
ya el yelo en mis venas arde.
Mataréle, que el cobarde
de léjos mata mejor.
Pero qué miedo, qué lazo
me detiene? en qué despecho
se acobarda siempre el pecho,
y se encoge siempre el brazo?
Cielo, Cielo soberano,
valedme en esta ocasion!
Esforzad mi corazon,
pues castigais con mi mano.
Entrase Bellido, como que tira el venablo, y vuelve á salir huyendo, en habiendo dicho el Rey los dos versos siguientes.
Sanch. Jesus mil veces: señor,
valedme! traidor, qué has hecho?
Bell. De las espaldas al pecho
queda pasado. *Sanch.* Ah traidor!
Mas es tan justo el castigo,
como tu mano traidora.
Bell. Como yo llegue á Zamora,
abierto tengo el postigo.
Vase huyendo Bellido, y el Cid dice dentro:
Cid. Qué has hecho, traidor? espera:
algo hiciste, que huyes tanto.
Vuelve á salir Bellido corriendo.
Bell. Solo puede el Cielo santo
parar mi veloz carrera.
No he podido desatar
el caballo, y á pie quedo;
mas con las alas del miedo
podré correr y volar. *Vase.*
Sale el Cid. Enfrena, dame el caballo;
quisiera, aunque imita el viento,
como de pena rebiento,
rebentar por alcanzallo. *Vase.*
Sale D. Diego Ordoñez, y el Rey dice de dentro.
Sanch. Jesus, Jesus, Cielo, Cielo!
padre! *Dieg.* Qué lamentos sigo?
Sanch. Pues es tan tuyo el castigo,
sea mas tuyo el consuelo.
Pon límite::- *Dieg.* El alma espantan!
Sanch. Al rigor con que me dexas.
Dieg. Largos ayes, tristes quejas
el cabello me levantan. (puedo
Sanch. Ay, ay! *Dieg.* Qué escucho? yo
temer? *Sanch.* Ay! *Dieg.* Soy yo por dimas
el miedo á una desdicha (cha?
nunca fué afrentoso miedo.
Sanch. Ay padre! *Dieg.* Ay trance feroz!
Sanch. Mis inobediencias miro.
Dieg. Yo conozco este suspiro.

Por

Por dónde salió esta voz?
quién se queja? *Sanch.* Un desdichado.
Dieg. Ay Cielo! estoy sin sentido.
Quién es? *Sanch.* Un hombre que ha si-
yo muero : llega : ah soldado. (do:
Dieg. Qué es esto? temblando llego.
Aquí está. *Sanch.* Si eres leal,
llega. Ay Dios! *Dieg.* Pena mortal!
Hace como que se asoma adentro.
es el Rey? *Sanch.* Eres Don Diego?
Llega. *Dieg.* Terribles asombros!
Sanch. Baxa, dame tus abrazos.
Dieg. Arrojaréme en tus brazos,
y llevaréte en mis hombros.
Entrase Don Diego, y salen al muro de Zamora Doña Urraca y Arias Gonzalo.
Urr. Qué has oido en el real
de D. Sancho? *Arias.* Grande estruendo,
y un hombre se viene huyendo.
Urr. Y volando viene : hay tal?
Arias. El que le sigue á caballo,
si es que alcanzarlo desea,
cómo se apea? *Urr.* Se apea?
Arias. Y á pie procura alcanzallo.
Bellido es el que huye allí.
Urr. Y el que le sigue es Rodrigo.
Arias. Ya se encamina al postigo
nunca cerrado. *Urr.* Ay de mí!
qué habrá hecho? estoy perdida!
Salen por el palenque, que se ha de hacer, para que pase un caballo hasta el tablado Bellido, y tras él el Cid, los dos á pie.
Bell. Como el viento soy ligero.
Cid. O mal haya el caballero
que las espuelas se olvida!
Por alcanzarte mejor,
me apeé, y al viento igualas:
espera. *Bell* Notables alas
son las del miedo. *Cid.* Ah traidor!
Urr. Ah del postigo, amparad
á Bellido. *Arias.* Oye, señora. *Vase.*
Bell. Dale sagrado, Zamora,
á quien te dió libertad. *Entrase.*
Cid. Ah villano! no estarás
dentro en Zamora seguro,
que derribaré este muro
á puntapies. *Urr.* Dónde vas?
Afuera, afuera, Rodrigo,
el soberbio Castellano,
acordársete debiera
de aquel buen tiempo pasado,
que te armáron caballero
en el altar de Santiago:
mi padre te dió las armas,
mi madre te dió el caballo,
yo te calcé espuela de oro,
porque fueras mas honrado,
pensando casar contigo,
no lo quisieron mis hados.
Casástete con Ximena,
hija del Conde Lozano:
con ella hubiste dineros,
conmigo fueras honrado.
Muy bien casaste, Rodrigo,
mejor hubieras casado;
dexaste hija de un Rey
por tomar la de un vasallo.
Vete, Cid, Rodrigo, vete,
pues te muestras tan ingrato,
que no solo no te acuerdas
de lo que estás obligado;
pero loco y atrevido,
soberbio, arrogante y vano
á mi decoro te atreves
con la lengua y con las manos.
Pagaste amor con desden,
y lealtades con engaños;
con males pagas los bienes,
los favores con agravios.
Cid. Señora, corrido estoy
de ver que me ofendas tanto,
que me culpes de atrevido,
y que me arguyas de ingrato.
Si tu padre me ciñó
la espada que traigo al lado,
por eso contra Zamora
de la vayna no la saco,
cumpliendo así el juramento
que me tomó agonizando
en presencia de sus hijos
sobre sus reales manos.
Si tu madre y Reyna mia,
me honró con darme el caballo,
y tú con la espuela de oro
me dexaste mas honrado;
por eso el caballo ahora

de-

detuvo el curso gallardo
con que volaba otras veces,
tu disgusto adivinando.
Y las espuelas tambien
con que pudiera picarlo,
se escondiéron al buscarlas,
y al quererlas me faltáron.
Pues si en mí, que te respeto,
y hasta tu sombra idolatro,
lo irracional, lo insensible
muestra sentimiento humano,
por qué dices que te enojo?
por qué piensas que te agravio?
qué disgusto te procuro?
qué decoro no te guardo?
Si no me casé contigo,
fué, señora, imaginando,
que aun con tus alas no fuera
posible volar tan alto.
Si vengo sirviendo al Rey,
solamente le acompaño,
ni en tu daño le aconsejo,
ni contra ti salgo al campo.
Si ahora un traidor persigo,
con muchas causas lo hago;
pues esta mañana solo
salió con el Rey tu hermano,
y ví que pasaba huyendo,
rezelé el notable daño
de que avisáron al Rey
las voces de Arias Gonzalo.
Y con venir arrogante,
temeroso y temerario,
advierte si te respeto,
y si decoro te guardo;
pues á tu voz me detuve,
y á tu enojo estoy temblando.
Urr. Ya es ménos, Rodrigo, escucha.
Dent. Arias. Muera Bellido, matadlo.
Dentro dando voces. Muera, muera.
Urr. Voces siento.
Dan voces dentro, como que las dan en Zamora y en el real de D.Sancho.
Dent. O infelice Rey Don Sancho!
Cid. Qué escucho? *Dent.* Los de Zamora
son traidores declarados.
Urr. Rodrigo, á Dios, mi presencia
importará. *Cid.* Cielo santo,
qué puede haber sucedido?
todo el Cielo viene abaxo.

Dando voces en Zamora y el real del Rey, se van Doña Urraca y el Cid, y sale D.Diego con el Rey D. Sancho en los brazos pasado con el venablo el pecho.

Dieg. Anímate. *Sanch.* No puedo. *Dieg.* Triste calma!
peso es del alma el que en los hombros llevo.
Sanch. Don Diego, espera, que me sale el alma.
Dieg. A sacarte el venablo no me atrevo.
Sanch. Detiénela en la boca de la herida.
Dieg. Voces daré al real. *Sanch.* La muerte pruebo.
Dieg. Diérate el alma para darte vida,
si esta imposible hazaña á los humanos
les fuera de los Cielos permitida.
Ah del real: valientes Castellanos,
volved ahora á la piedad el pecho,
y á la venganza prevenid las manos.
Valed á vuestro Rey; pero sospecho
que entre sus confusiones y mi llanto
no son mis roncas voces de provecho.
Ayudadme á llevarle. *Sanch.* Al Cielo santo
le pide ayuda, porque tenga ahora
consuelo un hombre, que le ofende tanto.
Muero, Don Diego. *Dieg.* Muera quien te llora:
ah injustos hados! ah traidor Bellido!
Sin duda sabe en tu traicion Zamora.
Venganza espero, si justicia pido.

Cielo! Zamora es causa. *Sanch.* No, Don Diego,
causa es de causas, quien la causa ha sido.
Fuí hijo inobediente, estuve ciego,
y el Cielo me castiga, á quien le pido,
que entre agua y sangre me perdone el fuego.
Solo instrumento á su justicia he sido,
que de matar á un Rey atrevimiento
no tuviera Zamora ni Bellido.
Dieg. Iguale á la desdicha el sentimiento,
y si al agravio la venganza igualo,
volarán sus cenizas por el viento.
Abrasaré á Zamora, pagarálo;
que no porque el castigo es justo es bueno,
dexa de ser el instrumento malo.
Alborótese el mundo, quede lleno
de horror, de asombro, de dolor, de espanto,
que yo he de ser el rayo de este trueno.
Sanch. Ah D.Diego! *Dieg.* Ah señor! *Sanch.* No llores tanto
mi muerte, mira muda esa esperanza
de quien quizá se ofende el Cielo santo.
Dieg. Fundada está en justicia esta venganza.
Salen el Conde D. García y los Soldados que fuéron con él.
Aquí está el Rey. *Sanch.* O Conde Don García!
García. Y el que mas parte de tu pena alcanza.
Sanch. Mis vasallos. *Tod.* Señor. *Sanch.* La culpa es mia,
y de Dios la justicia. *Sale el Cid.*
Cid. O injusta mano!
tu atrevimiento entónces no sabia;
que hiciera mi dolor el paso llano
derribando murallas, y vengara,
si es que se venga un Rey en un villano.
Dieg. Llega, famoso Cid. *Cid.* O fuerte Lara!
Qué es esto, Rey, señor? *Sanch.* Flor de Castilla,
no hay segura corona ni tiara.
Pasóme de un venablo la cuchilla,
que sagrado ó real qualquiera pecho
es de barro tambien. *García.* O gran mancilla!
Cid. Yo he de quedar en lágrimas deshecho.
Sanch. Mis leales vasallos, una cosa
haced para que muera satisfecho.
La maldicion de un padre rigurosa
en la tierra me alcanza, volvé al Cielo,
contempladle en su esfera luminosa,
pedidle tiernamente algun consuelo
á esta pena mortal, si es que le obligo
con sangre suya, que colora el suelo.
Y tú, Cid, de quien fué tan grande amigo,
ruégale que á los Cielos soberanos
pida el perdon, pues obligó al castigo.

Jesus! muero: decid á mis hermanos
que me perdonen, como yo al que puso
en el pecho de un Rey traidoras manos.
García. Gran gente viene, y con tropel confuso
llegan. *Cid.* En esta tienda que han armado,
lo entremos. *Sanch.* Pues el Cielo lo dispuso,
en su misericordia confiado
muero contento, y el villano yerro
perdono, y perdon pido.
Vanle entrando, quando va diciendo esto el Rey, y cubriéndole con la cortina dice Don Diego
Dieg. Ya ha espirado.
Ah Zamora cruel! cómo no cierro
con tus murallas? hecho mas honroso
es hacer su venganza que su entierro.
Ah Castellanos, ah Bivar famoso!
Conde Don Nuño, Conde Don García,
rete á Zamora un hombre valeroso,
y despues de probar su alevosía
en el campo, abrasada en nuestro fuego
demos al viento su ceniza fria.
García. Dice Don Diego bien. *Nuño.* Tiene Don Diego
sangre del gran Mudarra. *Cid.* Hirviendo ahora
da lugar al enojo, y no al sosiego.
Mas para averiguar si es que Zamora
cupo en esta traicion, hágase el reto.
Dieg. Quién pone duda en eso? *Cid.* Quien lo ignora.
Dieg. Que tuvo valedores os prometo,
que no pudiera hacer, siendo Bellido
causa tan leve, tan notable efeto.
Y aunque no fuera así, traicion ha sido,
siendo de este delito sabidores,
haber al delinqüente recogido.
Pues quién duda, si fuéron valedores
de un acto tan atroz, tan torpe y feo,
que todos en Zamora son traidores?
Cid. Que lo fué Arias Gonzalo no lo creo,
pues aun lleva su voz el ayre vano,
con que quiso estorbar tan mal deseo.
Pero vaya á retarle un Castellano,
que él volverá por sí, que aun tiene acero
en la espada, en el pecho y en la mano.
A mí me mirais todos? *García.* El primero
eres siempre en Castilla. *Cid.* Mi cuidado
os dará de mi sangre un caballero;
pues yo, como sabeis, tengo jurado
de no ir contra Zamora. *Dieg.* No á excusarte
bastara el juramento; mas no has dado
en que el volvernos todos á mirarte

fué que tu edad y tu opinion honrada
obliga á preferirte y respetarte:
y no porque esa mano y esa espada
haga falta en Castilla, aunque ella fuera
con mayor opinion acreditada.
Y ya sabemos, que si el Cid quisiera
alcanzar á Bellido, le alcanzara,
porque con mas cuidado le siguiera.
Llegara á tiempo, y en Zamora entrara,
pero entre las almenas de Zamora
oyó una voz y veneró una cara.

Cid. Aunque en Bellido la intencion traidora
me obligaba á cuidados vigilantes,
no supe entónces lo que lloro ahora.
Tarde lo supe, que á saberlo ántes,
por vengar á mi Rey con pies valientes
derribara murallas de diamantes;
sin poderlo estorbar inconvenientes
de respetos humanos, en el mundo
fuera mi espada asombro de las gentes.
Y si de esta verdad, en que me fundo,
dudare alguno, le diré::- *Dieg.* Rodrigo,
bien la acredita tu valor profundo.
Solo vuelvo á deciros, que me obligo
al reto de Zamora. *Nuño.* Seguiria
yo esta opinion. *Garc.* Yo y todo. *Cid.* Y yo la sigo.
Y si ántes dixe que de sangre mia
daria un caballero valeroso,
por ti, Don Diego Ordonez, lo decia.

Dieg. Todos me honrais, y tú, gran Cid famoso,
con tan grande favor me infundes brio
á emprender esta hazaña poderoso.

Cid. Vamos á prevenir el desafío.

Dieg. Pagando en sangre á mi lealtad tributo,
con las nubes, que engendra el llanto mio,
hasta el sol en su esfera pondrá luto. *Vanse.*

Sale Doña Urraca sola.

Urr. Válgame Dios! si es verdad
que se engañan mis sentidos?
en el real alaridos,
y voces en la Ciudad?
Si fué algun atrevimiento
de Bellido?

Sale Don Rodrigo Arias.

Rod. Di traicion.

Urr. Qué ha sido? *Rod.* Desdichas son.

Urr. Dilas tú, pues yo las siento.

Rod. La triste voz ha llegado
de que al Rey Don Sancho ha muerto.

Urr. Jesus! *Rod.* De tal desconcierto
con razon alborotado
le persigue el pueblo entero,
cuyas voces has oido.

Urr. Ay hermano! Sin sentido
he quedado; qué haré? Muero.

Sale Bellido huyendo, y pónese á los pies de Doña Urraca, y tras él vienen Arias Gonzalo y los otros hijos con las espadas desnudas, y la Infanta le guarda.

Todos. Muera el traidor homicida.

Bell. Ah Zamoranos, piedad.
A quien os dió libertad

que-

quereis quitarle la vida?
Señora, si á tus pies puesto
no me defienden tus manos,
muerto soy. *Urr.* Ah Zamoranos.
Arias Gonzalo, qué es esto?
Por qué seguis á Bellido?
qué ha hecho? *Arias.* Dexa, señora,
verter la sangre traidora
del que la tuya ha vertido.
Quando la tierra estremece,
quando los Cielos espanta,
quando tus leyes quebranta,
quando tu fama enmudece,
quando pierde tu opinion,
quando al Rey tu hermano ha muerto,
tú le defiendes? *Urr.* Es cierto?
Arias. Malas nuevas ciertas son.
Por los ayres han venido
de que el Rey nuestro señor
murió á manos de un traidor,
quién será sino Bellido?
Urr. Quién será sino mi suerte
causadora de estas penas?
Prendedlo, echadlo en cadenas;
pero no le deis la muerte.
Quítale la espada Urraca.
Arias. Cómo en delito tan grave?
pues dirá quien de ello trata,
que quien su muerte dilata
algo en sus traiciones sabe.
Urr. Y no será lo mas cierto;
pues la ocasion los obliga
decir, que porque no diga
los cómplices, lo hemos muerto,
y resultar del suceso
otra mayor desventura.
En una cárcel segura
le tened seguro y preso.
Y si es que los Castellanos
dicen que culpa tenemos,
la disculpa les pondrémos
y el delinqüente en las manos.
Arias. Son tus razones, señora,
de tu discrecion tributo.
Urr. Cubran de funesto luto
las murallas de Zamora.
Y vean el sentimiento
con que esta desdicha pago,
mi inocencia en lo que hago,
y mi pena en lo que siento.
Arias Gonzalo, conmigo
te ven, que aun hay mas que hacer.
Arias. Tu discreto parecer,
como tus pisadas sigo.
Llevad preso ese traidor.
Vanse Arias Gonzalo y Doña Urraca.
Bell. Traicion es poner la mano
en un Rey que fué tirano?
1. Nunca es tirano el señor.
Bell. Ah Zamora, cómo en mí
tu noble opinion estragas,
pues con prisiones me pagas
la libertad que te dí!
Por hecho tan valeroso
atais tan valientes manos:
mas ya, indignos Zamoranos
del nombre antiguo y famoso,
ya entiendo vuestra intencion,
aunque no me la digais;
pues al traidor castigais
para lograr la traicion.
Mano fuí con que tirastes
la piedra. 2. Calla, villano.
Bell. Y ahora escondeis la mano.
2. Tú mientes. *Bell.* Bien me pagastes,
Zamora, pues me condenas.
1. Mataréte, si no callas.
Bell. Veas tener tus murallas
por cimientos tus almenas.
Vanse llevándole preso, y sale arriba Doña Urraca y Arias Gonzalo, y tocan trompas roncas y tambores destemplados, y va saliendo el entierro del Rey, y pasando y entrándose.
Urr. Qué trompas roncas son estas,
y tambores destemplados?
Arias. Todo por los ayres dice
la muerte del Rey Don Sancho.
Su entierro debe de ser;
ó quizá, si no me engaño,
es publicar el delito
para vengar el agravio.
Mira en órden las hileras
que vienen de quatro en quatro,
hácia Zamora se acercan
cubiertos de lutos largos.
Los mejores de Castilla
llevan las andas en alto,
don-

donde viene muerto el Rey.
Triste y lamentable caso!
Mira á sus pies su corona,
su cuerpo en sangre bañado,
y por el heroyco pecho
mira el agudo venablo.
Y con funesto silencio
los leales Castellanos,
que hasta el sol visten de luto
con el polvo que arrastrando
levantan tantas banderas;
y mira (prodigio extraño!)
que solo muestran desnudas
las espadas en las manos.
Cómo afligen, cómo lloran
á venganza amenazando!
ó quánto callan sintiendo!
ó quánto dicen callando!

Urr. Ay infeliz suerte mia!
Yo me voy, Arias Gonzalo,
que el pecho de una muger
no es posible sufrir tanto.

Vase Doña Urraca, y suena una trompeta, y descubre en un caballo á D. Diego Ordoñez de Lara, que viene armado, cubierto de luto, y con una mortaja al hombro y un Crucifixo en la mano derecha.

Arias. Mas qué bastarda trompeta
suena por este otro lado,
y haciendo en los montes ecos
pide silencio á los campos?
Allí viene un caballero,
ya con la vista le alcanzo,
ya le conozco en el brio,
y es sin duda, no me engaño,
Don Diego Ordonez de Lara,
que tiene por nombre el bravo,
todo cubierto de luto
hasta los pies del caballo:
debaxo del luto lleva
un arnes muy bien trazado,
una mortaja en el hombro,
y un Crucifixo en la mano.
Hácia el Crucifixo mira,
y viene con él hablando;
aquí llega, y hablar quiere,
atento quiero escucharlo.

Dieg. Ah Zamoranos cobardes,
desleales, fementidos,
oidme, testigo el Cielo
de las verdades que os digo.
Consejo fué de Zamora,
deslealtad, traicion ha sido
el matar al Rey Don Sancho
por las manos de Bellido.
Y así reto de traidores,
primero al consejo mismo,
á los chicos, á los grandes,
á los viejos, á los niños;
hasta las mugeres reto,
á los muertos, á los vivos,
y reto á los por nacer,
pues sois pocos los nacidos:
y reto en vuestra Zamora
plazas, calles, y á quien hizo
de la mas humilde casa
al mas soberbio edificio:
reto el pan, reto la carne,
reto el agua, reto el vino,
á las aves de los vientos,
á los peces de los rios:
á quanto os sustenta reto,
y en el campo desafío
al que á defender se atreva,
que Zamora no ha sabido
en tan villana traicion,
y en tan infame delito.

Arias. Don Diego Ordonez de Lara
en lo que ahora habeis dicho
hablastes como valiente,
pero no como entendido.
En lo que hicieron los grandes
qué culpa tienen los chicos?
y qué merecen los muertos
en lo que hicieron los vivos?
y qué han culpado en Zamora
calles, plazas, edificios?
qué saben de sentimientos
los que no tienen sentidos?
Sabeis como está ordenado,
y por ley establecido,
que el que retare á consejo
ha de matarse con cinco?

Dieg. Ya lo sé, y con cinco mil
á matarme me apercibo;
mañana en saliendo el sol
sustentaré lo que he dicho

en el campo, si es que salen
esos cinco. *Arias.* Yo y mis hijos
morirémos por Zamora.
Dieg. Bien decis, pues yo me obligo
á mataros. *Arias.* Dios lo sabe,
y el responder á esos brios
para mañana dilato.
Dieg. A mi espada lo remito:
y á vos, por quien pienso ser
instrumento del castigo.

Los dos versos postreros los dice D. Diego mirando al Crucifixo y vase, y Arias Gonzalo entrase de la muralla, y salen el Rey D. Alonso y Zayda Mora.

Zayda. Alonso, qué te parecen
los jardines de Toledo?
Rey. Que envidia tenerles puedo
de que tus plantas merecen.
Zayd. Qué trascendientes olores,
qué cristalinas corrientes
no regalan estas fuentes,
no consuelan estas flores,
no divierte esta verdura?
Rey. Todo alegra el corazon,
y mas las fuentes, que son
espejos de tu hermosura.
Zayd. Bien tu amor me lisonjea.
Rey. Pues, señora, has de pensar,
que á mí me puede alegrar
cosa que tuya no sea?
Este agrado universal
de darnos Flora en su falda
á pedazos la esmeralda,
y desatado el cristal:
estos árboles con brios,
estas flores á manojos,
todo ha de verse en tus ojos
para lucir en los mios.
Tú fuiste despues del Cielo
en este destierro mio
gobierno de mi alvedrío,
de mis trabajos consuelo.
Y fué tantos intereses
del alma tu rostro bello,
que fuiste en fin todo aquello
que me importaba que fueses.
Zayd. Al ménos puedes creer,
que para verte servido,
ya que todo no lo he sido,
todo lo quisiera ser.
Rey. Eres toda mi alegría
nunca á mis ojos ausente:
una cosa solamente
te falta para ser mia,
que es tener Christiano el ser.
Zayd. Solo no puedo por ti
ser Christiana. *Rey.* Cómo así?
Zayd. Porque por mí lo he de ser.
Conocí la ceguedad
de mi ley, y la he mudado;
y así, aunque por ti he llegado
á conocer la verdad,
pues se ha fraguado en mi pecho
acto tan libre, no es justo
decir que fué por tu gusto
lo que ha sido en mi provecho.
Rey. Qué influencia, qué ventura
causó tan dichoso efeto,
como ver en un sugeto
tu discrecion y hermosura!
Solo en ti sola conviene
hermosura y discrecion.
Zayd. Ay Alfonso! Alimaymon
con sus Morabitos viene.
Y como sospecha en fin,
que llegamos á querernos,
parecerle ha mal el vernos
en lo oculto del jardin:
para excusar en mi daño
la pena del que dirán,
la sombra de este arrayan
lo ha de ser de nuestro engaño.
Aquí te finge dormido,
por excusar el calor
de la siesta. *Rey.* En nuestro amor
esto solo habrá fingido.

Entrase en un arrayan, que ha de haber, y pónese como dormido, y salen el Rey Moro y dos Morabitos viejos.

Alim. Bella es Toledo. *Mor.* 1. Es famosa.
Mor. 2. A tener tan buena estrella
como es fuerte y como es bella,
no estuviera peligrosa.
Alim. Peligrosa? Algun rezelo
me das. *Mor.* 1. Bien puedes temer.
Alim. Toledo se ha de perder?
Mor. 2. Así está escrito en el Cielo.
Mas tu cuidado y prudencia
ven-

vencerá á la Astrología;
porque es la sabiduría
mas fuerte que la influencia.
Alim. No está Toledo fundada
en lugar tan eminente?
No hacen su muro y su gente
inexpugnable su entrada?
No es fuerte la menor torre
de su alcazar? *Mor.* 1. Pues conviene,
oye la falta que tiene,
mira el peligro que corre.
Rey. Esta plática en que asisto, *ap.*
podrá importarme despues.
Zayd. Casi, casi entre los pies *ap.*
le tienen, y no le han visto.
Alim. Adviertes notablemente.
Mor. 2. Aunque es Toledo invencible,
tiene el socorro imposible
de bastimento y de gente.
Y así á la larga cercada,
por hambre se ha de perder;
que mas cruel suele ser
que la lanza y que la espada.
Alim. Habla baxo, porque el viento
tiene voz y tiene oido.
Rey. No es malo estar advertido. *ap.*
Alim. En mi cerrado aposento
de cosas tan importantes
fuera bien que me trataras.
Mor. 1. Bien adviertes, bien reparas,
y si me advirtieras ántes,
yo tuviera::-
Vanse entrando, y vén á Alfonso dormido.
Alim. Es el Christiano
Alfonso? *Mor.* 2. La lengua muda.
Mor. 1. Con lo que ha oido, no hay duda
que está Toledo en su mano,
si te quiere ser traidor.
Alim. Prenderélo. *Mor.* 2. Bien harás.
Mor. 1. Por asegurarte mas,
matarle será mejor.
Rey. Ay de mí! yo soy perdido. *ap.*
Zay. Ay, mi Alfonso! *Rey.* Qué haré pues?
hablaréles? Mejor es *ap.*
el fingir que estoy dormido.
Alim. Iré contra el juramento
y palabra que le dí,
si es que le mato. *Zayd.* Ay de mí!
Matárame el sentimiento. *ap.*
Ali. Si duerme? *Zay.* Yo estoy muriendo:
en viendo acero desnudo,
seré de su pecho escudo.
Alim. No lo habrá oido durmiendo.
Téngole mucha aficion,
y no le podré matar.
Mor. 2. Y es razon aventurar
tu Reyno? *Alim.* Tienes razon.
Llegad, matadle. *Zayd.* O Alá!
Alim. Espera. *Zayd.* Yo soy perdida! *ap.*
Rey. Peligro corre mi vida. *ap.*
Alim. Durmiendo, durmiendo está.
Dexadlo: si no durmiera,
temiendo su muerte clara,
sin duda se levantara,
sin duda se defendiera.
A lástima me provoca:
quiérole bien. *Mor.* 1. Haz mirar,
si está mojado el lugar
adonde tiene la boca;
que es evidente señal
de que el sueño es muy pesado.
Rey. Yo haré que le hallen mojado. *ap.*
Zayd. Ay cuitada! *ap.*
Rey. Estoy mortal! *ap.*
Mor. 2. Mojado está, llega á vello.
Alim. No hay que temer.
Míranlo todos.
Mor. 1. Mas, señor,
advierte::- *Rey.* Con el temor
se me levanta el cabello.
Tocándole el cabello uno de los Morabitos, se le levanta.
Mor. 2. Que el cabello que levanta
en su cabeza, es corona,
y no sé como perdona
tu cuchillo á su garganta.
Que ha de ser Rey de Toledo
me dice á voces la ciencia;
llega, harás una experiencia.
Rey. Muerto soy! *Zayd.* Muriendo quedo!
Mor. 2. Haz á tu mano humillarse
su cabello levantado.
Pasándole el Rey la mano por encima del cabello, le baxa, y luego vuélvesele á levantar.
Vés que apénas le has baxado,
quando vuelve á levantarse?
pues en qué reparas ya?

si no le mandas matar,
en Toledo ha de reynar
Alfonso. *Alim.* Válgame Alá!
Con este acero probar
como con la mano quiero,
si baxa el pelo.

Sale Zayda, y pónese delante el Rey, que habia echado mano á su alfange para Alfonso.

Zayd. Primero
por mi pecho ha de pasar.
Alim. Qué os va á vos, sobrina mia,
en esto? *Zayd.* Vame, señor,
el estimar tu valor,
que es tan mio. *Rey.* Ay, mi alegría!
Zayd. Si está Alfonso en confianza
de tu palabra en tu tierra,
es fundarse en buena guerra
tu justicia y tu venganza,
el matarle así á traicion?
Y yo, tio, he de tener
por justo el verte perder
la alabanza y la opinion?
Primero quiero morir
á tus manos. *Alim.* No hay dudar;
mas que no quise matar
al Christiano, has de advertir.
Pues solo quise, admirado
de tan notable extrañeza,
probar yo, si en su cabeza
el cabello levantado,
que no se humilló á mi mano,
se domeñaba á mi acero;
pero ya ni aun eso quiero,
pues quiero tanto al Christiano,
que es su vida propia mia.
Despues quiero aprisionarlo. *ap.*
Mor. 2. Si haces yerro en no matarlo,
verá Toledo algun dia.

Vanse el Rey y los Morabitos.

Zayd. Gracias á Alá, que mi bien
de tan gran peligro sale.
Rey. Por muchos amigos vale
la muger que quiere bien.
Zayd. Levanta, mi Alfonso amado,
y del peligro te aleja.
Rey. Mi querida Zayda, dexa
que bese lo que has pisado:
que mas méritos arguyo
de tu calidad inmensa.
Zayd. Qué hice por tu defensa
en dar un pecho que es tuyo?
Rey. Tú eres mi seguro puerto.
Zayd. No sé ahora si lo está.

Sale Peranzules con unas Cartas, y dáselas á Alfonso.

Rey. Peranzules? *Per.* Señor, ya
nuestro Rey Don Sancho es muerto.
Rey. Válgame Dios! que he perdido
mi hermano! el alma lo siente.
Per. Por estas mas largamente
puedes saber cómo ha sido.
Pero con mas brevedad
le importará á tu persona
el partir por la corona
que heredaste. *Zayd.* Así es verdad.
Rey. Y cómo en tal confusion
podré escaparme de aquí?
Zayd. Fiando, Alfonso, de mí
la industria y la prevencion.
Rey. Mas he de serte cruel?
qué dices, mi sol divino?
Zayd. Que te haré llano el camino,
como te siga por él.
Rey. Adoro tal pensamiento.
Zayd. Emprendo tan grande hazaña.
Rey. Tú serás Reyna de España.
Zayd. Con ser tuya me contento.

JORNADA TERCERA.

Salen Arias Gonzalo y sus quatro hijos Pedro Arias, Diego Arias, Rodrigo Arias, Gonzalo Arias, armados todos cinco.

Arias. Ya, Pedro, sois Caballero.
Ped. Tu bendicion á tus pies
me anima, imitarte espero;
pues tengo como el arnes,
el pecho tambien de acero.
Arias. De mi mano estais armados
los quatro. *Rod.* Danos, señor,
la bendicion. *Arias.* Sed honrados
para que imiteis mejor
el valor de mis pasados.
A morir, si no á vencer,
hoy los cinco habemos de ir,

y yo el primero he de ser:
seré el primero al morir,
pues fuí el primero al nacer.
Dieg. Eso, mi padre, seria
mengua nuestra. *Gonz.* Y por tu cuenta
nuestra afrenta correria.
Rod. Mira, señor, que es afrenta
de mis hermanos y mia.
Ped. Tan poca seguridad
tienes de nuestro valor?
Rod. Y tan poca autoridad
tiene mi opinion, señor?
Arias. No me repliqueis, callad.
Soy muerto yo? Cielo santo!
ó lo que tarda en salir
el sol! pero no me espanto:
teme que lo han de partir,
y por eso tarda tanto.
Sol hermoso, alegra el dia,
y contrapuesto al ocaso
logra la esperanza mia.
Lo que te detiene el paso
es pereza ó cobardía?
Hay cosa que te acobarde?
Por qué me consuelas tarde?
De ti me quiero quejar.
Quando salgo á pelear
es razon que estés cobarde?
Rod. Mucho, padre, has madrugado.
Dieg. Sospecho que no has dormido.
Arias. Hijos mios, el honrado
miéntras se siente ofendido,
ha de vivír desvelado.
Ponerme las armas quiero.
Gonz. Aquí están. *Arias.* Y podrá ser
que salga el sol mas ligero,
con la vanidad del ver
sus reflexos en mi acero.

Sale Doña Urraca.

Urr. Arias Gonzalo? *Arias.* Señora?
Urr. Padre, señor. *Arias.* A vencer
ó morir me parto ahora;
yo el primero he de volver
por tu honor y por Zamora.
Urr. Y eso es justo en ocasion,
que están tus hijos delante?
Arias. Miéntras vivo, no es razon
que dexe de ser Atlante
yo mismo de mi opinion.
Dadme esas armas. *Urr.* Dexad
de hacer tan notable exceso:
sustenta mi autoridad,
padre del alma, que es peso
mas convenible á tu edad:
y perdona, si te doy
pena en esto. *Arias.* De que así
me trates, corrido estoy;
pues si no soy lo que fuí,
aun es algo lo que soy.
La lanza puedo empuñar,
y á bien poco te prometo,
que saliendo á pelear,
despues de pasado el peto,
la rompí en el espaldar.
Manos tengo, y si me hallo
con la gota, esto no es
ocasion para excusallo,
pues á falta de dos pies
quatro me dará un caballo.
Demas de que no pudiera
excusarme, cosa es clara,
aunque tan sin ser me viera,
que de morir acabara,
ó por nacer estuviera;
pues que con tanta osadía
Don Diego á los por nacer
y á los muertos desafía.
Urr. Padre, pues cinco han de ser,
sé el postrero. *Arias.* No, hija mia.
No, señora. *Urr.* ¿Cómo no?
Arias. Supuesto que me habilito
para salir::- *Urr.* Quién tal vió?
Arias. Mi opinion desacredito,
no siendo el primero yo.
Si mis hijos donde quiera
me dan el primer lugar,
que yo el postrero escogiera,
quando salgo á pelear,
cobardía pareciera.
Dame el peto y espaldar,
que ya mi sangre alterada
hierve en mi pecho. *Urr.* Dexar
me quereis dasamparada,
quando me acaba el pesar?
Quando en tanta confusion
rezelo tanto los tiros
de esta sangrienta ocasion,
que hasta mis propios suspiros
pien-

pienso que gigantes son?
Quanto mas he menester
tu favor, sola me dexas?
Vuelve, y echarás de ver
mis lágrimas y mis quejas,
que á un monte pueden mov er.
Acuérdate, que Fernando
mi padre y tu Rey, muriendo
te llamó, y agonizando
dixo: A Urraca te encomiendo;
y respondiste llorando:
Yo te prometo, señor,
de nunca desamparalla.
En cumplir esto mejor,
que en salir á la batalla,
acudirás á tu honor.

Arias. Infanta, á morir provoca
tu queja y tu sentimiento;
y ya advierto que en tu boca
es tu ruego mandamiento,
y obedecerlo me toca.
Mas oye, escucha y repara
en lo que decirte quiero:
á mis hijos enviara,
mas es bravo caballero
Don Diego Ordoñez de Lara.
Y aunque fuertes caballeros
son mis hijos (ay de mí!)
temo mucho sus aceros,
y así los golpes primeros
quiero que execute en mí.
Que aunque mis intentos buenos
no saquen de esta jornada
otra cosa, por lo ménos
embotando en mí su espada
cortará en mis hijos ménos.
Rezelo el verlos morir
á sus manos. *Urr.* Qué pesar!

Arias. Salir quiero á combatir,
pues me promete el quedar
mayor pena que el salir.
Ay mis hijos! *Urr.* Y no son
tan de hija estos abrazos?

Arias. Lastímanme el corazon.

Urr. No saldrás de entre mis brazos,
Atlante de mi opinion.

Arias. No tengo qué responder,
porque á tan fuerte mandar
es mengua no obedecer.

Urr. Tus manos quiero besar.

Arias. Hijos, morir ó vencer.

Gonz. Por la edad me toca á mí
ser primero. *Rod.* Yo saldré,
que tantas veces salí
vencedor. *Arias h.* Si merecí
ser dichoso, yo seré.

Ped. De hoy armado caballero
con mas ocasion te obligo.

Arias. Qué de cosas considero!
El mas valiente es Rodrigo, *ap.*
mas es el que yo mas quiero;
y querriale excusar,
hasta que á mas no poder
le tenga de aventurar.
El mayor habia de ser
el primero en pelear;
pero, pues se ha derogado
en mí esa ley, los menores
irán primero. *Ped.* Hasme dado
mil glorias. *Arias.* Y mil temores
en el alma me han quedado.

Rod. Notablemente me aflixo,
señor, de tus extrañezas.

Arias. Callad, pues á Pedro elijo:
con notable hazaña empiezas
á ser caballero, hijo.
Por tu patria y tu honor vas
al campo, no hay que temer,
que sin duda vencerás:
piensa que vas á vencer,
pero no discurras mas.
Porque resuelto á salir
no tienes mas que pensar,
que es dañoso el discurrir;
pues nunca acierta á matar
quien teme que ha de morir.

Urr. Tan gran valor no se halla
en la tierra. *Rod.* Todo es fuego.
O lo que siente quien calla!

Tocan dentro una trompeta.

Arias. Ea, hijos, ya Don Diego
hace señal de batalla.
Una y dos veces replica
la trompeta. Ah, quién pudiera
salir! Mis males publica,
sobradamente me altera,
qué daños me pronostica!
Ven, pondréte la celada.

Tiemblas, hijo? Espera, tente.
Ped. No es cobardía. *Arias.* No es nada,
que siempre tiembla el valiente
ántes de sacar la espada.
Ped. Padre, confianza ten
de mi fuerza y de mi brio.
Arias. Llégate, llégate bien,
llévate este aliento mio,
y esta bendicion tambien.
Urr. Tengo el alma enternecida.
Arias. Por ti quedo sin juicio.
Urr. A tus brazos iré asida.
Arias. Este es el mayor servicio,
que pude hacerte en tu vida. *Vanse.*
Salen dos Soldados.
Sol. 1. No puedo dexar de ver
la batalla, aunque la siento.
Sol. 2. Hasta el sol está sangriento,
sangriento el dia ha de ser.
Sol. 1. El mirar la empalizada
la sangre al pecho retira.
Sol. 2. Y qué de gente la mira
atónita y admirada!
Hombres y piedras se imitan
en el callar. *Sol.* 1. Quién vió tal?
A silencio general
unos á otros se incitan.
Salen los Condes Nuño y García, y siéntanse en las sillas.
Nuño. No ví tan gran suspension.
Garc. Ni temí tan triste dia.
Sol. 2. Los Condes Nuño y García
se sientan: Jueces son.
Sol. 1. Cómo ese cargo no han dado
al gran señor de Bivar?
Tocan atabalillos.
Sol. 2. No lo ha querido aceptar
por no serlo apasionado.
Pero allí está, no le vés?
armando una tienda está.
Sol. 1. Para Don Diego será.
Es fiel del campo. *Sol.* 2. Así es.
Salen en el andamio de Zamora Doña Urraca y Arias Gonzalo.
Arias. Darás ánimo, señora,
á mis hijos desde aquí.
Urr. Contra mi gusto salí.
Sol. 1. Al andamio de Zamora
llena de luto funesto
sale la Infanta. *Sol.* 2. Honrarálo
al buen viejo Arias Gonzalo,
que á sus espaldas se ha puesto.
Hácia allí suena ruido.
Sol. 1. Don Diego debe de entrar.
Sol. 2. No nos faltará lugar,
aunque tarde hemos venido. *Vanse.*
Nuño. Con bravo denuedo ha entrado
Don Diego Ordoñez de Lara.
Garc. Escrito tiene en la cara
el valor que Dios le ha dado.
Urr. Con notable gallardía
entra D. Diego. *Arias.* Es muy fuerte;
es la imágen de la muerte: *ap.*
ay hijos del alma mia!
Es gallardo, es bravo y fiero.
Urr. Espanto pone el mirallo.
Qué bien se pone á caballo!
Arias. Es famoso caballero.
Es un fuerte Castellano,
ah señora, que tú has hecho,
tan á costa de mi pecho,
que no me oponga á su mano!
Quánto diera por ser yo
el primero que saliera,
adonde mi muerte viera,
y la de mis hijos no!
Urr. De que se apee, me espanto,
Don Diego. *Arias.* Infelice soy!
y yo rebentando estoy
de que Pedro tarde tanto.
Salen el Cid y Don Diego.
Cid. A mí me ha tocado el ser
fiel del campo. *Dieg.* A mí en rigor
me toca el ser vencedor.
Mi justicia ha de vencer,
y con esta confianza
salgo al campo á pelear.
Cid. Mucho aprovecha el fundar
en justicia la venganza.
Dieg. Pues cinco contrarios son
los que yo á vencer me obligo,
plantar por cada enemigo
quiero en la tierra un baston.
Cid. Don Diego, estarlos plantando
qué misterio representa?
Dieg. Para no perder la cuenta
de los que fuere matando.
Y así quiero á cada vida

que quite, al ayre arrojar
un baston. *Cid.* Baste tocar
la vara que está tendida
en el campo, si salieres
vencedor, y ve á vencer.
Dieg. Las dos cosas pienso hacer.
Cid. Eso será, si vencieres.
Dieg. Justicia defiendo ahora,
y hará mi vida inmortal.
Hacen señal dentro.
Urr. Qué temerosa señal!
Arias. Este es mi hijo, señora.
Bien se pone, brio tiene,
ay hijo! vuelve á mirallo.
Cid. Ven á ponerte á caballo,
que ya tu contrario viene.
Dieg. Con valor y sin rezelo
iré á quitarle la vida,
pues que la sangre vertida
de mi Rey clama en el Cielo.
Vanse el Cid y Don Diego.
Arias. Ya saludando á tu Alteza
aprieta el peto al arzon.
Urr. Dale tú la bendicion
miéntras baxa la cabeza.
Arias. Ya lo hago, y tú le haz
merced que le infunda brio.
Urr. Fuego del alma le envio.
Arias. Denuedo tiene el rapaz.
Quién experiencia le diese
para engaste del valor?
Urr. Tú le verás vencedor.
Arias. Ah señora, si venciese!
Nuño. Igualmente han parecido
en lo galan. *Garc.* Y en lo fuerte
lo son: con cuidado advierte,
que ya el sol les han partido.
Arias. Ya les dan lanzas: holgara
que el padrino le advirtiera,
de que una lanza escogiera,
que como un roble pesara;
porque quanto mas pesada,
va en el ristre mas segura.
Urr. El Cielo le dé ventura.
Arias. Ya le calan la celada.
Dios te guie. *Asómase mucho Arias.*
Urr. De mirallo
me desmayo, triste calma!
Dónde vas? *Arias.* Llévanme el alma
entre los pies del caballo.
Donde la guia el cuidado,
el descuido me abalanza.
O qué bien rompió la lanza!
Urr. Terrible encuentro se han dado.
Garc. Las lanzas hechas hastillas
verá la esfera abrasadas.
Nuño. Ya sacáron las espadas.
Arias. Hará Pedro maravillas.
Urr. Dios te guarde. *Nuño.* Qué reñida
es la lid. *Arias.* Ah, quién pudiera
ser su impulso! yo le diera
mas á tiempo aquella herida.
Con mayor brio desea
Pedro volver por Zamora;
pero Don Diego, señora,
con mas acuerdo pelea.
Urr. Y eso es ventaja? *Arias.* En rigor,
de no poca diferencia,
que en las armas la experiencia
es mas fuerte que el valor.
Muerto es Pedro. *Urr.* Ay desdichada!
causólo mi poca dicha.
Arias. Válgame Dios! mi desdicha
lleva Don Diego en la espada.
Garc. Venció el de Lara. *Nuño.* Es muy (fuerte,
dióle dos golpes extraños
al pobre jóven. *Garc.* Sus años
se llevó en agraz la muerte.
Urr. Mi malograda esperanza
sangre por mis ojos llora.
Arias. Mira que impides, señora,
con el llanto la venganza.
Demas que no hay que llorar
á quien muere honradamente:
la pena que el alma siente
me importa disimular:
no digan, pues soy honrado,
que como muger me aflixo.
Salen Don Diego Ordoñez de Lara y el Cid: saca D. Diego un baston del suelo y dice:
Dieg. Don Arias, envia otro hijo,
que este ya tiene recado.
Arias. Ya te le estoy previniendo.
Dieg. Y yo lo estoy esperando.
Arias. Don Diego, vence matando,
pero no aflixas diciendo.
Urr. Mas valiente que piadoso

y cortes eres, Don Diego.
Dieg. Vengo á mi Rey, estoy ciego
de cólera, estoy furioso.
Cid. Sí, mas en esta jornada
advierte, por vida mia,
que nunca la cortesía
quitó la fuerza á la espada.
Dieg. Rigor haya solo en quien
sigue venganza tan fiera.
Cid. Ven, descansa. *Dieg.* Si estuviera
cansado, dixeras bien.
Cid. Pues ven, y espera á caballo
al enemigo segundo.
Dieg. En eso solo me fundo:
ola, denme otro caballo.
Vanse el Cid y D. Diego, y sale Diego Arias y se arrodilla á los pies de su padre pidiéndole la mano.
Arias. Diego Arias, mi bendicion
recibe. *Arias h.* Dame la mano.
Arias. Con la muerte de tu hermano
das mas fuerza á tu razon.
Como caballero honrado
hizo eterna su alabanza,
ve á pagarle en la venganza
el exemplo que te ha dado.
Sosiega la fortaleza,
pues te enseño á costa mia,
que venció la valentía
Don Diego con la destreza.
Ve, hijo, y para imitallo
en el valor y en la suerte,
quando pelees, advierte,
que el que pelea á caballo
no basta que en la estacada,
sin ser diestro, fuerte sea;
pues con las riendas pelea,
con la espuela y con la espada.
Y como en saberlo hacer
consista el ser vencedor,
mas acuerdo que valor
le importa para vencer.
Tú, hijo, acordadamente
emplea manos y pies,
con la cólera no des
las heridas ciegamente.
No tires golpe jamas,
aunque te cieguen las iras,
sin mirar adonde tiras,
y saber adonde das.
Busca á la espada camino;
que mas vale en la ocasion
un golpe con intencion,
que muchos con desatino.
Y ve, que por mí has tardado,
pero disculpado estoy,
pues muerto Pedro, te doy
consejos de escarmentado.
Arias h. Y tú, señora::- *Urr.* Yo, Diego,
mal llorando te hablaré:
ve con ánimo. *Arias h.* Yo iré
lleno de llanto y de fuego. *Vase.*
Nuño. Es única maravilla
el Lara. *García.* Tienes razon:
apénas tocó el arzon,
quando se puso en la silla.
Nuño. Qué bien se pone á caballo!
Garcia. Qué gallardo es el overo
que mudó! *Nuño.* Tal caballero
merece tan buen caballo.
Garcia. Debe de ser una pluma,
si la espuela le provoca.
Nuño. Por los ojos y la boca
arroja fuego y espuma.
Garcia. Gallardamente procura
ser símbolo de la guerra;
parece que abre la tierra,
quando sienta la herradura.
Nuño. El segundo combatiente
viene ya. *Arias.* Ya viene Diego.
Garcia. Con brio sobre sosiego
parece bien. *Nuño.* Es valiente.
Urr. Aprovechó la licion,
reportado muestra el brio,
yo le animo. *Arias.* Y yo le envío
las alas del corazon.
Ay mis hijos! pues no hay dolo
en mi razon, gran consuelo
será contentarse el Cielo
de cinco con uno solo.
Tocan una trompeta.
Dios te guarde. *Urr.* Qué extrañeza!
qué horror! estoy sin sentido.
Arias. Con el encuentro ha perdido
del arnes la mejor pieza.
Gallardamente acomete
con la espada, pero está
desarmado; segun va,

de-

desastrado fin promete.
Guarte, guarte, (ay hijo!) muero:
que Don Diego, sin tirarte,
te va buscando la parte
donde te falta el acero.
Ay fortuna! ya le ha hallado,
ya dos hijos he perdido,
el uno por no advertido,
y el otro por desdichado.

Urr. Jesus! terrible rigor
de mi desdichada suerte.

Arias. Pero ya el alma convierte
esta lástima en furor.

Nuño. Aun no muestra estar cansado
D. Diego. *Garc.* Es hombre de acero.

Salen Don Diego y el Cid.

Dieg. Don Arias, envia el tercero,
que el segundo he despachado.

Sale arriba Rodrigo Arias y dice:

Rod. Ya va, Don Diego, ya va.

Dieg. Ya te aguardo, ya te aguardo.

Cid. El valiente, aunque gallardo,
habla ménos. *Dieg.* Bien está.

Rod. Padre, ya tengo abrasada
toda el alma por salir.

Dieg. Ven, y acaba de teñir
la guarnicion de mi espada.

Cid. No adviertes que contradice
al mucho hacer, mucho hablar?

Dieg. Bien le pueden perdonar
al que hace lo que dice:
ola, otro caballo.

Vanse el Cid y Don Diego.

Arias. No
hay mas paciencia, Rodrigo:
yo quiero salir contigo
á ser tu padrino yo.
Y así en el trance feroz
mas cercano, mas violento,
alcanzaráte mi aliento,
y animaráte mi voz.
Dame licencia, señora,
para esto. *Urr.* Justo es,
que ya, Gonzalo, no es
tiempo de terneza ahora.
Tan grande rigor me alcanza,
que enxugó con extrañeza
el agua de la terneza
al fuego de la venganza.
Ya no con tiernos enojos
puedo llorar, y sospecho
que me ha endurecido el pecho
tu sangre, que está en mis ojos;
tanto que aunque soy muger,
si mi honor no lo impidiera,
yo por vengarte saliera
á pelear y á vencer.

Arias. Señora, dame las manos
por merced tan singular.

Urr. Ea, Rodrigo, ve á vengar
con tu padre á tus hermanos.

Rod. A eso voy, y ten por cierto,
que no temo al enemigo.

Arias. Y para vengar, Rodrigo,
los hermanos que te han muerto,
en la espada y en la mano
de tu contrario valiente,
mira la sangre inocente
de un hermano y otro hermano.
El alma pon en tu honor,
en la furia tus enojos:
abre al peligro los ojos,
y cierra el pecho al temor.
Ponte seguro á caballo,
á Dios primero te humilla,
y afirmándote en la silla,
á tiempo pica el caballo.
Lleva la lanza segura,
esgrime diestro la espada,
aunque todo importa nada,
si es que te falta ventura.

Rod. Ya eso parece dudar
en lo que tengo de hacer.
No sabes que sé vencer?
no sabes que sé matar?
Fuerte el mundo no me llama
á costa de tantas vidas?
Si de lo que soy te olvidas,
pregúntaselo á mi fama.
Vamos, que corrido estoy
de que en mi valor dudaste:
tú, padre, que me engendraste,
sabes ménos lo que soy.
Confíate de mis manos,
en mí tu venganza espera;
y oxalá que yo saliera
primero que mis hermanos.

Arias. Mi eleccion sin duda erró,

pues

pues tú mejor pelearas.
Rod. Y dos hijos te excusaras,
á ser el primero yo.
Arias. Ea, hijo, á Dios, señora. *Vanse.*
Urr. Sin corazon me han dexado,
qué de sangre me has costado!
ay infelice Zamora!
Nuño. Que apénas descansa, advierte,
Don Diego Ordoñez de Lara.
Garc. Aunque un monte lo engendrara,
no pudiera ser mas fuerte.
Nuño. A Rodrigo Arias le toca
esta tanda. *Garc.* Así es verdad;
tiene grande autoridad
su opinion. *Nuño.* Con todo es poca,
para lo que es de valiente
con la lanza y con la espada.
Garc. Ya se previene su entrada,
pues se alborota la gente.
Nuño. Su padre le padrinea,
y el fuego en su honor atiza.
Urr. Qué bien Gonzalo autoriza
el oficio en que se emplea!
Ay Jesus! Podrélo ver?
Bravo encuentro: el horizonte
atronó, como si un monte
acabara de caer.
Horror es verlos y oillos
herirse con las espadas,
ayunques son las celadas,
y las espadas martillos.
Iguales son en valor.
Nuño. No ví batalla en mi vida
mas igual y mas reñida.
Urr. Qué rezelo, qué dolor!
Nuñ. Qué bien combaten! *Urr.* Qué pena!
Garc. Ninguno en la fuerza afloxa.
Urr. Ya los dos con sangre roxa
tiñen la menuda arena.
Si con mi llanto te obligo,
Cielo, templa mi cuidado:
terrible golpe le ha dado
el de Lara á mi Rodrigo.
Derribóle la celada,
y haciendo dos de una pieza,
le dexó cara y cabeza
toda en su sangre bañada.
Con qué desesperacion
quiere vengarse! De un tajo
le partió de arriba abaxo
cabeza, riendas y arzon
al caballo de Don Diego.
Huyendo á los vientos sigue,
y Rodrigo le persigue
sangriento, turbado y ciego.
Nuño. De la estacada ha salido.
Garc. El caballo le sacó.
Nuño. Y Rodrigo Arias cayó
del suyo. *Arias.* Desdicha ha sido.
Sale Rodrigo Arias mortalmente herido,
y tras él Arias Gonzalo.
Rod. He salido vencedor,
padre? *Arias.* A costa de mis penas:
ah Cielo, y por quántas venas
ofrezco sangre á mi honor!
Urr. A pie está Don Diego Ordoñez
fuera de la empalizada,
que en saltando del caballo
le pasó de una estocada.
Para volver á la lid
el un pie tiene en la raya.
Dentro. Ya es vencido, ya es vencido.
Dentro. Vuelva, vuelva la batalla.
Rod. Vuelva, y aunque estoy sin vida,
pelearé con el alma.
Urr. Unos le tiran adentro,
y otros le estorban la entrada.
Sale D. Diego. La culpa de mi caballo
no se atribuya á mis armas;
yo he vencido, pues maté
mi contrario. *Rod.* Tente, Lara.
Arias. Mi hijo solo ha vencido,
que ha quedado en la estacada,
y el que otra cosa dixere,
miente por medio la barba.
Rod. Padre, muera quien lo dice:
el ánimo no me falta
aunque muero. *Dieg.* El mundo es poco
para el rigor de la espada.
Cid. Detente, Don Diego Ordoñez,
espera, valiente Lara;
pues el fiel del campo soy,
yo defenderé tu causa.
Nuñ. Tente, D. Diego. *Garc.* D. Diego,
oye. *Rod.* Padre? *Ari.* Hijo del alma!
Rod. He vencido? *Arias.* Sí has vencido.
Rod. Muera yo, viva mi fama.
Urr. Ah Jueces Castellanos,

con

con rectitud esta causa,
segun fueros de Castilla,
juzgad. *Nuñ.* Sí harémos, Infanta,
y para hacerlo, á Don Diego
le mandamos que se vaya.
Urr. Arias Gonzalo, Rodrigo,
no me cabe en las entrañas
esa desdicha que miro;
voy á llorar mis desgracias. *Vase.*
Dieg. Es justo.
Cid. Vete, Don Diego,
que segun los fueros mandan,
con mas acuerdo es razon
dar al vencedor la palma.
Dieg. Ay infelice Don Diego,
que he sido afrenta de España!
y estas riendas me han quedado
para lazo en mi garganta. *Vase.*
Rod. Padre, he vencido? he vencido?
Arias. Famoso honrador de España,
venciste con el valor,
y mueres con la desgracia.
Lástima das con terneza,
y envidia con alabanza.
Solo un muerto vencedor
heroycamente juntara
la lástima con la envidia,
enemigas declaradas.
Yo tus hazañas envidio,
y tu muerte no llorara;
pero esta sangre, que es mia,
tierno iman de mis entrañas,
llamando fuego á mis ojos,
derrite en nieve mis canas.
Rod. Yo muero: padre, he vencido?
Don Diego Ordonez de Lara
espera? *Arias.* A Dios te encomienda,
hijo, hijo. *Cid.* Ya no habla
el padre con el dolor,
y el hijo::- *Rod.* Jesus! *Muere.*
Cid. Acaba
de espirar en este punto.
Garc. Ayudémosle á la carga,
si no del pesar, del cuerpo
que tiene en el Cielo el alma.
Cid. Honrado pariente mio,
no te consuelas, no hablas?
pero como hablar no puedes,
para responder me abrazas. *Vanse.*

Sale D. Diego Ordonez arrojando las armas, con dos criados.

Dieg. Ay Cielo, ah fortuna airada!
si tú contra mí te armas,
para qué lucidas armas?
para qué valiente espada?
Criad. 1. Todas las armas arroja.
2. Y la tierra hace temblar.
Dieg. Acabaráme el pesar,
pues le ayuda la congoja.
1. Señor, que curar no mandes
tus heridas, no es razon.
Dieg. Dexadlas, pequeñas son,
como mis desdichas grandes.
Dexadme solo, cerrad
la tienda, y no las heridas:
solo estas riendas partidas
en la mano me dexad. *Vanse los criad.*
Pondrélas á mi dolor,
para que imite al caballo,
pues que no pude parallo,
tan á costa de mi honor.
Con causa podrán culpar
mi desacordado ser;
pues no me dexé caer,
ni le acabé de matar.
Con riendas el hombre sabio
suele enfrenar su pasion;
pero en mí estas riendas son
como espuelas de mi agravio.
Mal parece mi pesar
en mis victorias perdidas;
pero son riendas partidas,
y no le pueden parar.
Qué dirán de mí, que he sido
tan incapaz de valor,
que saliendo vencedor
iba huyendo del vencido?
Si en mi disculpa despues
no dicen los Castellanos,
que vencí con propias manos,
y huí con agenos pies.
Dexadme (pues habeis sido
validas del tiempo ingrato)
á mis ojos un retrato
donde está mi honor perdido.

Sale un criado, y hacen dentro ruido.

Criad. Señor? *Dieg.* Qué dices? qué siento?
Criad. En Zamora::- *Dieg.* Ay suerte mia!

Criad. Con señales de alegría
esparcen voces al viento.
Dieg. Qué será? Caí en la cuenta:
sin duda se declaró,
que Rodrigo Arias venció,
y se alegran con mi afrenta.
Rodrigo, dichoso fuiste,
como desdichado fuí;
pues matando no vencí,
y muriendo me venciste.
Poca fué la suerte mia,
pues con mi valor no alcanza
de un muerto Rey la venganza,
que por mi cuenta corria.
Yo he sido afrenta de España:
iréme á desesperar.

Sale el Cid. Dónde te quiere llevar
tu resolucion extraña?
Dieg. A llorar mis afrentas, Cid famoso.
Cid. Tú afrentado, Don Diego, habiendo sido
honra de España? La sentencia han dado.
Dieg. De qué suerte? *Cid.* A Zamora dan por libre,
y á ti por vencedor. *Dieg.* Y quedo honrado
de esa suerte, Rodrigo? *Cid.* Esos escrúpulos
son muy propios, Don Diego, en los que pesan
su honor con peso de oro: honrado quedas;
y con tantas ventajas, que yo envidio
hazañas tan famosas. *Dieg.* Dios te guarde:
y qué se ha hecho del traidor Bellido?
Cid. Condénanle al castigo merecido.
Atan á quatro colas de caballos
los quatro quartos de su cuerpo infame,
para que divididos y furiosos
le hagan quatro piezas, dando exemplo
á los demas vasallos. *Dieg.* Justamente
merece tal castigo tal delito.
Y de eso se alegran en Zamora?
Cid. Mayor causa tuvieron, que ha llegado
nuestro Rey Don Alonso de Toledo.
Dieg. Y cómo se escapó? *Cid.* Notable industria:
huyó con Peranzules, ayudado
de la famosa Zayda; y ella viene
con el gran Don Alonso á ser Christiana,
y aun pienso que su esposa. *Dieg.* Dicha grande
tenemos todos con tan buena nueva:
es Alonso gran Rey. *Cid.* Ya van viniendo
todos los Ricos-homes de sus Reynos
á darle la corona. *Dieg.* Por derecho
le toca á Don Alonso. *Cid.* Pues es justo,
vamos allá los dos. *Dieg.* Y no tardemos,
pues de ir volando obligacion tenemos. *Vanse.*

Salen D. Alonso y Zayda, Doña Urraca, Arias Gonzalo y Peranzules.
Rey. Dicha fué grande. *Urr.* Y al Cielo
gracias le podemos dar,
pues apénas dió el pesar,
quando previno el consuelo.
Rey. Y ser instrumento pudo
de esta merced, que me ha hecho,
quien puso desnudo el pecho
contra un alfange desnudo,
para defenderme á mí,
que es mi Zayda. *Urr.* Gran valor!
gran

gran belleza ! *Zayd.* Yo, señor,
lo que era tuyo te dí.
Rey. Yo soy tan tuyo, y estoy
con tal agradecimiento,
que no quedaré contento,
si mis Reynos no te doy.
Urr. Y yo ahora mis abrazos,
y despues le besaré
la mano. *Zayd.* Tente, y pondré
á tus pies cabeza y brazos.
Urr. Y si tú, hermano y señor,
con el alma agradecida
pagas deudas de la vida,
las que debo del honor,
cómo pagarlas podré
á mi padre Arias Gonzalo?
Rey. Un Rey, hermana, no es malo
por fiador, yo lo seré;
por ti pagaré, y por mí
nunca le podré pagar.
Arias. Los pies te quiero besar:
quándo, señor, merecí
esta merced? *Rey.* Dete el Cielo
consuelo. *Arias.* El ver de traidora
libre á mi patria Zamora
me ha servido de consuelo.
Rey. Yo quedo muy obligado
á estimarte y á valerte.
Arias. Yo, señor, puedo ofrecerte
dos hijos que me han quedado.
A morir podré enviallos
por ti, pues conforme á ley
son mayorazgos del Rey
las vidas de los vasallos.
Rey. Eres exemplo de honrados.
Arias. Soy tu vasallo leal:
pondré silencio á mi mal *ap.*
á pesar de mis cuidados.
Rey. Regala á mi Zayda hermosa.
Urr. Téngola ya por hermana.
Rey. Y despues de ser Christiana,
será mia. *Zayd.* Soy dichosa.
Arias. Señor, ya están con cuidado
los Ricos-homes por verte.
Rey. Hazlo, hermana, de la suerte
que lo tenemos tratado.
Urr. Sí haré. *Rey.* Tú serás despojos
del alma, Zayda querida.
Zayd. A Dios, alma de esta vida.
Rey. A Dios, Cielo de estos ojos.

Vanse las dos, y siéntase Alonso en su silla, y salen todos, y pasan haciéndole acatamiento, y vanse sentando en bancos.

Arias. Este es Don Diego de Lara,
ó infelice Arias Gonzalo,
pues del que mató á mis hijos
veo la espada y la mano!
No porque á venganza obligue,
que el matarlos en el campo
fué desdicha, y las desdichas
si afligiéron, no afrentáron.
Y así la tierna memoria
de mis hijos me ha obligado
á lágrimas de dolor,
y no á venganzas de agravio.
Rey. Pues el Cielo ha permitido
que mi hermano el Rey Don Sancho
fuese á pisar sus estrellas,
y yo soy del gran Fernando
vuestro Rey hijo segundo,
poco tengo que exhortaros,
que me presteis la obediencia,
y comience Arias Gonzalo.
Arias. Españoles valerosos,
Leoneses y Castellanos,
Gallegos y Vizcainos,
Montañeses y Asturianos,
jurais á Alonso por Rey?
Tod. Sí juramos, sí juramos.
Rey. Don Rodrigo de Bivar,
cómo tú solo has callado?
Cid. Oye el por qué no te juro,
pues no te ofendo, aunque callo.
Señor, el vulgo atrevido
locamente ha murmurado,
que fuí cómplice por ti
en la muerte de tu hermano.
Y para que bien se entienda
con la verdad lo contrario,
será bien satisfacerle.
Rey. Cómo? *Cid* Poniendo la mano
sobre un cerrojo de hierro
y una ballesta de palo,
y encima de la ballesta
un Christo crucificado.

Sacan el cerrojo y la ballesta.

Rey. Yo prestaré el juramento:
quién

quién se atreverá á tomarlo?
Cid. Yo que no conozco al miedo.
Dieg. Por la vista arroja rayos.
Cid. Villanos mátente, Alonso,
villanos que non fidalgos
de las Asturias de Oviedo,
que no sean Castellanos:
con cuchillos montañeses,
no con puñales dorados,
abarcas traigan calzadas,
y no zapatos de lazo:
capas traigan aguaderas,
no de contray delicado;
y sáquente el corazon
por el siniestro costado,
si fuiste, ni consentiste
en la muerte de tu hermano.
Júraslo así? *Rey.* Así lo juro:
es testigo el Cielo santo.
Cid. Mueras de su misma muerte,
de otro Bellido pasado
de las espaldas al pecho
con un agudo venablo,
si mandaste, si supiste
en la muerte de Don Sancho;
y di: amen. *Rey.* Amen digo.
Cid. Pon en la espada la mano.
Jura á fe de caballero,
que no has hecho ni ordenado,
ni aun con solo el pensamiento,
la muerte que lloran tantos.
Júraslo así? *Rey.* Así lo juro:
y, Cid, de un Rey á un vasallo
ya es ese poco respeto,
y ya es este mucho enfado.
Mucho me aprietas, Rodrigo.
Es bien que te atrevas tanto
á quien despues de rodillas
has de besarle la mano?
Cid. Eso será, si me quedo
á ser tu vasallo. *Rey.* Y quando
no lo seas, qué me importa?
y no me respondas. *Cid.* Callo,
y voyme:: *Rey.* Vete, qué esperas?
Cid. Donde el valor de mis brazos
venza Reyes, gane Reynos.
Dieg. El Cid se parte enojado.
Arias. Colérico el Rey le mira.

Salen Doña Urraca y Zayda vestida como Christiana.

Urr. Dónde vas, Cid Castellano?
dónde vas, Rodrigo fuerte,
tan compuesto y tan airado?
Cid. Voy, Infanta, voy, señora,
á dexar de ser vasallo
de un Rey que me estima poco.
Urr. Debes de haberte engañado,
vuelve, acompáñame á mí.
Cid. Pues lo mandas, ya lo hago.
Arias. Mira, señor, que te importa
ahora desenojarlo, *Al oido.*
hasta tener la corona.
Rey. En viendo á mis ojos claros,
se me ha quitado el enojo:
vuelve, Cid, que de tu mano
quiero la corona yo.
Cid. Ya de servirte me encargo.
Jurais al famoso Alonso
por vuestro Rey?
Tod. Sí juramos.
Cid. Yo le obedezco el primero.
Rey. Y yo te doy mis abrazos.
Urr. Y nosotras á tus pies
mil parabienes te damos.
Zayd. Ya de Zayda soy María.
Rey. Y ya te estaba esperando
la mitad de mi corona:
toma de esposo la mano.
Zayd. Tu dichosa esposa soy.
Urr. Guárdeos el Cielo mil años.
Cid. Y aquí pidiendo perdon
fin á la Comedia damos.

FIN.

Con Licencia: En Valencia: en la Imprenta de Joseph y Tomas de Orga, en donde se hallará esta, y otras de diferentes Títulos. Año 1796.